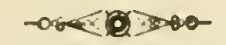




EL ROMANCERO DE JAEN.

EL ROMANCERO

DE JAEN.





JAEN.

IMP. DE FRANCISCO LOPEZ VIZCAINO.

1862.

Al Señor Don D.ⁿ [illegible] y Medina,
recuerdo de amistad y alta estimacion

[illegible]

Á S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL II.

EN TESTIMONIO DE LEALTAD,

La Sociedad de Amigos del País de Jaen.

INTRODUCCION.

ROMANCE I.

Las dos épocas.

I.

Sierra-Morena la bella,
la de los rudos peñascos,
atalaya de Castilla,
del suelo andaluz amparo,
vió llegar una mañana,
mañana clara de Mayo,
en son de guerra y conquista
todo el Real castellano.
Á su frente caminaban,
caminaban á caballo,
la Reina Isabel primera,
su esposo el Rey Don Fernando.
Muy cerca de ellos, muy cerca,
marchaba un paje bizarro:
llanto llevaba en los ojos,
risa llevaba en los labios.
La Reina que lo notara

preguntóle con agrado:—
—«¿Porqué esa risa, mi paje?
mi paje, porqué ese llanto?—
Y el paje que tal oyera
llevando al pecho una mano,
dijo: «lo que agora siento,
Señora, no se esplicarlo,
que estan dentro de mi pecho
gozo y pesar batallando.
Bajo este cielo nacido,
conozco bien estos campos;
y cielo y campos me dicen
lo que á descifrar no alcanzo.
Mirad, allá estan las Navas,
mas allá corre el Salado;
sobre aquella blanca loma
que está á la siniestra mano,
alza sus muros Baeza
de plata y oro engarzados.
A la parte opuesta, Andujar,
la de los fértiles llanos,
se envuelve en sus olivares
como una Reina en su manto.
Y en frente, lejos..... muy lejos,
junto al horizonte..... abajo,
luce Jaen sus cien torres,
su escarpada frente Martos.
Sitios son estos, Señora,
sitios son muy venerandos,
que todos estan con sangre

de mis mayores regados.
Aun me acuerdo!... no hace mucho!..
siendo yo de pocos años,
repicaban las campanas,
repicaban á rebato.
—«Era lunes!..... lunes era!
¡Dia fué bien señalado
cuando de Jaen salieron
cuatrocientos hijos-dalgos (1).
Ubeda y Baeza á un tiempo
levantaron otros tantos;
mancebos ganosos de honra
y los mas enamorados.
En brazos de sus amigas
todos se juramentaron,
de no tornarse á Jaen
sin dar moro en aguinaldo.
Y ese dia, de mañana,
parten todos muy lozanos,
con lanzas y con adargas
ricamente aderezados.
Vestidos de seda y oro
cabalgaban muy galanos,
llevando fieros corceles
á la gineta ensillados.
Ricos jaeces azules
ostentaban los caballos:
las riendas eran listones

(1) Tim. Flor de Rom.

por sus damas regalados.
Á la cabeza de todos
de todas armas armado,
iba el bueno del Obispo,
el Obispo D. Gonzalo.
Al llegar junto á la Guardia
con los moros se encontraron:
llevaban las capellinas
y albornoces colorados.
Eran sobrados los moros,
eran pocos los cristianos;
mas al ver los de Jaen
tanto overo y alazano,
tanta lanza de dos hierros
y tanto hierro acerado,
y tantas lunas al aire
y tanto pendon en alto,
queriendo mas bien morir
que no vivir deshonrados,
entraronse por los moros
con gran furia peleando.
Murieron muchos, Señora,
siendo de los buitres pasto:
allí quedó mi buen padre,
allí tambien mis hermanos:
¡murieron como valientes!
Dios se los tenga en descanso.
Pero al fin los que vivieron,
con honra y prez se tornaron,
que cada cual llevó un moro

á su dama de aguinaldo.»—
Por eso á un tiempo, Señora,
lloro y rio sin pensarlo;
rio con los que volvieron,
lloro por los que quedaron.—

—

Callóse el paje; y la Reina
mirándo á su esposo amado,
murmuró aquestas razones
con acento soberano.
—«Si tal raza vive entera
en esta tierra de bravos,
muy pronto será Granada
por Isabel y Fernando.»

II.

Sierra-Morena la bella,
la de los rudos peñascos.
atalaya de Castilla,
del campo andaluz amparo.

vió llegar otra mañana,
mañanita de verano,
sobre sus cumbres altivas
un pastorcico gallardo.
Iba de sudor cubierto
sin aliento y jadeando,
con su zurron á la espalda,
con su cayada en la mano.
En la cima de la Sierra
estaba una anciana hilando;
hilaba y cantaba alegre
las hazañas de Bernardo.
—¿Á dónde vá el hijo mio,?
preguntóle con encanto:
¿porqué la cabaña dejas?
¿porqué dejas el ganado?
—Madre, contestó el mancebo,
el cañon truena allá abajo,
y con su voz poderosa
juzgo que me está llamando.
Allí se lidia y se muere,
yo debo morir lidiando,
que Dios cuidará si muero
de vós y de mi rebaño.—
—Vé con Dios, el hijo mio,
vé con Dios, el hijo amado;
lidia y triunfa; y si no triunfas,
muere con honra en el campo.—
Dijo, y dándole la anciana
su bendicion y un abrazo,

siguió torciendo la rueca,
y el pastor descendió al llano.

. —

Lo que pasó esa mañana,
mañanita de verano,
dígalo Bailen, Señora,
y la sombra de Castaños.
Tornó el mozo á su cabaña,
y la vieja, siempre hilando,
cantaba y cantaba alegre
bañada en risa los labios.....
«¡Mala la hubisteis Franceses
que aun aquí vive Bernardo!»

III.

Desde que Isabel primera
oyó del paje el relato,
han pasado cuatro siglos:
¡cuatro siglos han pasado!
Desde que aquel pastorcico
bajó de la sierra al llano,

han trascurrido diez lustros,
diez lustros y algunos años.
Pero no temais, Señora,
por esa raza de bravos,
que si antaño fue valiente
no es menos valiente ogaño.
Preguntad á esas campiñas,
preguntad á esos vallados,
que aun tienen sangre caliente
de los que por vos lidiaron.
Hoy salen de regocijo
por veros cruzar al paso;
músicas hienden el aire,
repican los campanarios,
y alfombran vuestro camino
con las flores de sus campos.
Mas si algun génio atrevido
os tocara á vuestro manto,
hoy, con igual bizarria,
pendones al viento dando,
vierais repetir, Señora,
en llanuras y collados,
las hazañas de otros dias
y los alardes de antaño;
nuevas glorias de Tolosa,
nuevos timbres del Salado,
victorias á lo Bailen
y triunfos á lo Castaños.»

—

Esto cantó alegremente
un antiguo castellano,
al ver llegar á su reina
de Santa Elena á lo alto;
á la cima de esa sierra
la de los rudos peñascos,
atalaya de Castilla,
del suelo andaluz amparo.

A. Hurtado.

La lealtad.

—

ROMANCE II.

. . . . . En luchas tales,
los que vencen son leales,
los vencidos los traidores.

CALDERON.

Así desde el foso al muro,
segun el vulgo refiere,
hablaba al caer la tarde
á un castellano un ginete:
—«Pero Gil, mal en tu Torre
burlar á la ley pretendes,
porque no hay sitio que libre
de la pena al delincuente.
Traidor al Rey y á la causa
que la nobleza mantiene,
en sus vicios y *justicias*
serviste al tirano siempre.
Tu orgullo, que lealtad nombras,
tendrá el premio que merece;
pues los vasallos leales
armados contra ti vienen.
Ya no irás con tus soldados,

como trailla de herejes,
á poner fuego en los muros
de las ciudades mas fuertes.
No te valdrán los ardides
que has usado tantas veces
pues ni un infazon amigo
en esta comarca tienes.
Las doncellas que á tu vista
temblaban, pura la frente
alzarán y los villanos
podrán recojer sus mieses.
Ya no harás mas alianzas
con los árabes infieles:
Pero Gil, murió D. Pedro;
firmose en Montiel tu muerte.»
Con calma del muro al foso,
segun añade la plebe,
Pero Gil al mensajero
replicó de aquesta suerte;
—«Pues vas á ver al bastardo.
dile si á hacerlo te atreves,
que no espere pleitesia
de Pero Gil ni su gente.
Cincuenta arqueros la seña
de mi mesnada defienden;
por D. Pedro estará alzada
en tanto que alguno aliente.
Que quien ha de buena cuna,
solo sirve á buenos Reyes;
y no es buen Rey el que fía

su causa á extranjera hueste.
Dile que merced recibo
en que me juzgue rebelde,
y que no tendrá mas honra
por matar al que la tiene.
Mas no hablen de lealtad nunca
nobles que al Rey empobrecen,
que no lidian por su gloria
y lidian por sus mercedes.
Mi union con la cruz al pecho
á Abdallá no me envilece,
y al nuevo Rey su corona
manchará en sangre las sienes.
Esto á D. Enrique dile
y por mi cabeza vuelve;
que buena merced te aguarda
si le llevas tal presente.»
Volvió; en brusco giro grupa
el mensajero Alvar Perez,
y Pero Gil de su Torre
mandó levantar los puentes.

JUAN A. DE VIEDMA.

La Cautiva de Martos.

—

ROMANCE III.

Al pié de un alto peñasco
que con orgullo levanta
sobre su frente un castillo
dó el tiempo grabó su marca,
se vé hoy un pueblo que vela
y cuyas glorias pasadas
están escritas con sangre
sobre el altar de la patria.
Martos;... el antiguo pueblo
es ese que el cielo guarda
al pié del peñon coloso
que envuelve la sombra parda.
Él en un tiempo lejano
fué del árabe arrogancia,
él, despues llevó en su frente
la noble enseña cristiana
que el Rey Fernando tercero
clavó en su fuerte muralla.
Y aun hoy sostiene en sus hombros

las torres de eterna fama
que fueron testigos mudos
de mil gloriosas hazañas.
Ah! si los tiempos que huyeron
de nuevo al mundo tornaran
y vida y aliento dieran
á esa peña solitaria,
no mi voz pobre y humilde
tan altos hechos cantara.

—

Mil trescientos diez y nueve
es el año que señala
la historia, como testigo
de otra historia asaz infausta.
Ismael, quinto Rey moro
de la hechicera Granada,
no sueña ya con festines
ni con juegos ni con zambras.
Piensa llevar sus pendones
á las sangrientas batallas,
y los moros andaluces
vasallos de ese Monarca,
¡guerra al cristiano! repiten
con ciega y pujante saña.
Ya se escuchan sus clamores
al pié de Sierra-Nevada;

ya por la vega se estienden
y por do quiera se alzan
los gritos que el raudo viento
lleva al cristiano en sus alas.
Pronto el crujir del acero
y el relumbrar de las armas,
y el piafar de los bridones,
y de alquiceles la plaga,
pregonan que Ismael, altivo.
el Rey quinto de Granada,
deja la ciudad, y al campo
sale de sangre en demanda.
¿Dó vá?.... Ya dejan los muros
esas huestes musulmanas
llevando el pendon de guerra
que aun mas su valor inflama.
Á Martos, gritan; á Martos!
«Sea de mi poder esclama»
el Rey dice, y ronco estruendo
anuncia al cabo la marcha.

—

Apenas al cielo tiñen
las dulces tintas del alba
y ya el pendon de Cruz roja
sobre el muro se destaca
del castillo, á donde firme

dirige el moro la planta.
Alerta! alerta, guerreros,
gritó quien vió en lontananza
por entre nubes de polvo
las huestes desordenadas
que mas se van agrupando
cuanto mas al campo avanzan.
Llegan, y ante el pardo muro
que á defender se preparan
los invictos Caballeros
del Órden de Calatrava,
el Rey ordena sus haces
y en corcel de bella estampa
á los caudillos que esperan
la gloria en vencer señala.
Tente, orgulloso Ismael;
que la enseña castellana
antes que ceder al moro,
ha de morir quien la guarda.

—

Cual el gigante rugido
que la tempestad desata
cuando el pavoroso trueno
llena de espanto las almas,
así se escucha á lo lejos
rumor que aun mas agiganta

el peñasco que repite
del fiero luchar las ánsias.
Y entre el pardo torbellino
que los corceles arrancan,
se ven los corvos alfanges
y las corvas cimitarras
que del rojo sol los rayos
reflejan con la amenaza.
Ah! los valientes cristianos
que defendiendo la plaza
presentan blanco á la furia
de la revuelta canalla,
pronto de ella desparecen
gritando al morir.... ¡venganza!....
Heroes,.... que lucheis es vano;
pocos sois, muchos atacan,
y ya que tanto martirio
no destruyó la fé santa
que halla asilo en vuestro pecho,
tened de vida esperanza.
Corred, subid al castillo
á donde el pendon os llama,
que poco la villa importa
si de la villa no pasan.
Ya suben;.... de peña en peña
con fé al castillo se lanzan
y tras su muro macizo
que venga la muerte aguardan.
Mas ay! en tanto las puertas
de la villa abandonada

pronto ante el Moro pujante
caen por el suelo arrancadas,
y entonces..... cuadro de horrores
trazó la morisca saña
vertiendo sangre inocente,
de los que en valde intentaran
subir á esa fortaleza
que al hijo vencido ampara.
Y murieron sí; murieron,
sin hallar piedad ni gracia
de aquel corazon de hiena
que por vencedor se aclama.

—

La noche envuelta en su manto
avanza triste y callada
sin estrellas que le alumbren
y sin su disco de plata.
Parece como que el cielo
aspira de sangre el aura
y aun mas oscuro se torna
y aun mas su silencio espanta.
En un estenso edificio
donde el vencedor descansa,
hay de cristianos cautivos
número corto, á quien guardan
para presentar al Rey

que está en apartada estancia.
Pocos son, y aunque vencidos
no su ardor belico apagan;
que aun sangre corre en sus venas
y lucharán mientras haya.
Mas de entre el confuso grupo
una muger se adelanta
(que tambien mugeres gimen
bajo el yugo de las armas,)
y con voz clara y vibrante
que á los que la escuchan pasma,
dice: «Valientes caudillos,
no vuestra sangre preciada
mire correr en la lucha
que el destino desiguala.
Ha poco el valor mostrasteis
de la sangre castellana.
y Dios que ve nuestro duelo
enjugará nuestras lágrimas,
que tambien cautiva soy
y tambien lloro..... de rabia.»
Dijo, y el Rey que á la puerta
escuchó aquellas palabras,
salid, gritó señalando
al grupo que la escuchaba
y á la muger que le mira
dijo, «quedate cristiana.»
Responde hermosa cautiva
á tu señor que te habla.
¿Eres noble? —Noble soy.

—¿Como el cristiano te llama?
—Doña Isabel de Solís,
respondió con arrogancia
la cautiva cuyo aliento
bien su mirar espresaba.
Serás, bella nazarena,
del Rey Ismael esclava.
Y puesto que noble eres
y á tanto tu orgullo alcanza,
ó se rinde ese castillo
que aun á mi victoria falta,
ó entre mis caudillos fieles
irás conmigo á Granada.»

—

Tres veces el Sol ardiente
se apagó tras la montaña,
y tres veces el Rey moro
vió el pendon de Calatrava
cuya roja cruz ondea
sobre la fuerte muralla.
Pero ya la vez postrera
que el Sol ocultó su llama,
salen de la triste villa
los ginetes que el Rey manda,
llevando en estrecho centro
la hermosa y altiva dama.

Y cuando lejos..... muy lejos
la guerrera cabalgata
mira el castillo gigante,
la noble Isabel esclama:
«No te pedí la deshonra,
ahora te pido..... venganza!

—

Diz que los años pasaron
sin que la noble tornara,
sin que una afrenta pidiera
á los hijos de su patria.
Morir cautiva prefiere
á que en su frente recaiga
de la súplica cobarde
la siempre afrentosa mancha.
Gloria á tí! Gloria mil veces
á la noble castellana
que así ilustra los blasones,
que así nombre eterno alcanza!
Despierta, deja la tumba
y mira la infame raza
por las Reinas Isabeles
del suelo patrio arrojada.
Despierta, que ellas oyeron
aquel grito de venganza,
y hollaron la media luna.
¡Solo la Cruz rige á España!

José Moreno Castelló.

Alhamar el magnífico.

ROMANCE IV.

I.

INTRODUCCION.

¡Ay del Islám! Cuatro lustros
hace que llora en España:
cuatro, que su blanca luna
apagó el sol de las Navas.
Afrentas del Guadalete
con sangre allí se laváran,
y del tostado Ismaél
murió la altiva esperanza.
Allí el Muslim denodado
sintió vacilar su alma
al ver en el horizonte
una cruz inmaculada.
Allí el Sultan poderoso
que pueblos de tígres manda,
el que sus leyes estiende
por la inmensa Mauritania;
el que cuenta sus victorias

segun cuenta sus batallas;
el de verdes albornoces
y tajante cimitarra;
el que tal multitud rige
que causa espanto pensarla,
porque escede á las arenas
de las sirtes africanas,
comprendió que era imposible
salvar el muro que alzaban
ante sus huestes rabiosas
las falanges castellanas.
Miró su enjambre de bárbaros
caer bajo las espadas,
ó que á la cobarde fuga
su salvacion confiaban.
Vió penetrar en su campo
de Aragon las rojas barras;
las cadenas que su tienda
como defensa cercaran
en poder de Sancho el Fuerte,
que en su indómita pujanza
las destina á hacer con ellas
de sus escudos guirnalda:
y enmedio tantos horrores
el berberisco monarca
notó por primera vez
que el miedo vil le asaltaba.
Arrancóse de la lucha,
ya convertida en matanza;
cabalgó en la yegua overa

que al lado suyo piafaba,
y bañado el torvo rostro
con el humor de las lágrimas,
lanzando amargo suspiro,
denunciador de sus ánsias,
partió á su asolado reino,
que en mal hora abandonara,
del estrecho proceloso
á ocultarse tras la valla,
dejando á la Europa el lauro,
á los cristianos la palma,
á la cruz eterna loa
que su triünfo abrillanta,
á la cultura del mundo
un porvenir de esperanzas,
y á los hijos de Mahoma
una muerte anticipada,
agonía de dos siglos,
que al fin en Boabdil acaba
por entregar á Isabel
las llaves de su Granada.

—

¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!
Nadie su destino aparta.
¡Ay del Islám! cuatro lustros
hace que llora en España.

II.

La guerra civil.

—

¡Grande es el Señor! ¿Quién puede
profundizar sus arcanos?
Logogrifo misterioso
¿quién se atreve á sondearlos?
Él preside de los mundos
el movimiento ordenado,
su mano escribe las leyes
que los tiempos regularon:
él aglomera las nubes,
velos de su santuario:
él disipa las tinieblas,
y agita ó refrena el austro.
Cual luminar de su gloria
colgó el sol en el espacio;
bajo su eterna mirada
cruzan el éter los astros.
Él aplana las montañas
ó solivianta los llanos;
á su voz los vendabales
azotan el occeáno.
Y por él nacen los seres,

y por él cantan los pájaros,
y por él abren las flores
sus cálices perfumados:
y es su poder tan inmenso,
que borrara con un rasgo
de las hojas de su libro
cuanto existe en lo creado:
porque todo en torno suyo
es contingente y liviano,
y únicamente su espíritu
inmutable y necesario.

—

Jehováh lo quiso; aquel dia
en que las Navas bañaron
torrentes de sangre mora,
vengando antiguos agravios;
el dia en que los laureles
del glorioso Don Pelayo
sus copas á erguir volvieron
con nuevo vigor lozano,
fué el principio disolvente
para el muslímico bando,
que invadió esta hermosa tierra
de la traicion en los brazos.
«Ven, mal, como vengas solo,»
dice un español adagio,

porque el primer infortunio
es de otros ciento el amago.
Y así sucedió; que el Moro,
con la rota consternado,
do quier volviendo la vista
do quier los ojos tornando,
busca un gefe que repare
el funesto descalabro,
un piloto que le libre
del casi cierto naufragio:
y asoman las pretensiones
del mas audaz ó el mas vano,
y el vulgo en cada caudillo
ve el redentor deseado:
y despunta la anarquía,
y de la discordia al rayo
destrózanse las facciones,
ensangriéntanse los campos;
y con las luchas civiles
el pueblo sufre entretanto,
que él es la víctima siempre
del yugo de los tiranos.
Unos, llenos de respeto
hácia un augusto pasado,
á la familia reinante
quieren seguir acatando:
los mas dicen que ya es tiempo
de renovar el Estado,
y alteraciones pregonan,
y solicitan un cambio.

Los de Sevilla proclaman
á Almamún por soberano:
mas no todos le tributan
homenage, que otros varios
alegan igual derecho,
con los propios empleando
el vigor que no supieran
desplegar contra el cristiano.
Para hacer frente al peligro
eligen los Africanos
á Yahíe el Nazerita
de la régia estirpe vástago;
y este atraviesa el estrecho,
ligero como el relámpago,
las legítimas enseñas
á los Arabes mostrando.
Mas ¡ay! que ellos están ciegos,
y su lealtad olvidaron,
y Almamún es diligente,
y tan diestro como cauto.
¡Pobre y mísero Yahíe!
tu derecho es bueno y santo:
pero no valen derechos
contra la fuerza del hado.
Asi miró fácilmente
roto su escuadron escaso,
y con trabajo se salva
de la Alpujarra en los flancos.

—

La usurpacion desde entonces
encuentra el camino llano,
y la soberbia Marruecos
uncida se vé á su carro.
Cuatro mil cabezas fieles
penden de sangrientos gárfios,
como elocuente anatema
contra el despotismo insano.
Y á merced de tal delirio,
de ese vértigo al amparo,
prosigue la reconquista
el invicto San Fernando;
rey en prendas eminente,
en la piedad estremado,
de singulares virtudes
y de pensamientos altos.
Asombro de las edades
es su génio, donde hallo
el heroismo del mártir
y el caballero cristiano.
Con sus tropas aguerridas
el cielo escalara acaso,
si no prefiriera humilde
cual religioso ganarlo.
Así pronto en la diadema
del monarca castellano
lucen como ricas joyas
Andujar, Ubeda y Martos.
Tantos reveses amenguan
de Almamún los partidarios:

el vulgo su adhesion mide
al compas del resultado.
Aben-Húd, el descendiente
de reyes zaragozanos,
organiza una conjura
con sigiloso recato:
y bien consigue su intento,
y bien logra sus amaños,
viéndose por sus parciales
sobre el pavés levantado.
Vuelve la guerra intestina
á ejercitar sus estragos;
resuena el atabal ronco
por los valles y collados:
y entre tanta confusion,
al cabo de cuatro años,
torna á aparecer Yahíe,
su estandarte desplegando.
Á tan conocida enseña
se acoge el pueblo cansado,
creyendo mirar el íris
de su redencion presagio.
Y para lidiar con todos
sus tenaces adversarios,
llama á Alhamar, su sobrino,
el que «de Arjona» nombraron.

—

¡Alhamar! yo te saludo
y te admiro fascinado,
adalid del Islamismo
con quien mis padres lidiaron
porque es tan pura aureóla
la que te sirve de marco,
que ni envidias la marchitan,
ni la destrozan los años.
Nació en la célebre Arjona,
cuando la rota de Alárcos:
de la victoria los himnos
su primer sueño arrullaron.
El horóscopo celeste
le augura destino fausto;
prométenle los santones
pingüe cosecha de lauros.
De la raza Nazerita
es el retoño preciado,
la que del Magréb y España
gobierna el imperio vasto.
Niño, á todos enamora
su continente gallardo:
doncél, en breve acredita
el esfuerzo de su brazo.
En las justas y torneos
es el primero; á caballo
el mas garrido ginete
que los Arabes miraron;
y su gracia y gentileza,
y su apostura y su garbo.

su valor inquebrantable
y su talante bizarro
son tales, que al verle evocan
los moros, de orgullo ufanos,
de Almanzor el victorioso
el recuerdo venerado.
Jamás la molicie inerte
le enredó en sus torpes lazos:
si su auxilio pide el débil,
jamás se lo pide en vano.
Protector del desvalido,
cual cumple á su pecho hidalgo,
le aclama la Andalucía
de caballeros dechado.
Los cristianos en las Navas
su rudo empuje probaron,
siguiendo á Mahomad el Verde,
que es su deudo y soberano.
Desde aquel trance supremo,
en Arjona retirado,
llora la civil discordia,
llora los reveses pátrios,
y en el porvenir espera,
que ha de destinarle acaso
á ser roca, dó se estrellen
los ímpetus castellanos.
Aviva tus ilusiones,
jóven ínclito y gallardo:
Dios te contempla, y prepara
á tus hazañas teatro.

III.

Le galib ile Allah (1).

—

A la falda de una sierra
que hácia Occidente se empina,
cual coloso que atalaya
las inmediatas campiñas;
sobre accidentado suelo
que bruscamente se enrisca,
del Guadalbullon ceñido
con la plateáda cinta,
tiende su manto de reina
Jaén, la amazona altiva,
de los árabes escudo,
broquel de la Andalucía.
Aben-Chalif el Zenete
por Aben-Hud la presídia,
capitan el mas famoso
de las huestes granadinas.
Tres mil bravos mazamudes
á sus órdenes militan,
gente de indómitos bríos.

(1) Solo Dios es vencedor.—Este fué el mote que adoptó por blason Alhamar el Magnífico, primer rey Arabe de Granada.

por indómita escogida:
y con ella y su fortuna
hacer el xeque confia
á Aben-Hud grato presente
de cabezas enemigas.
No descansar ha jurado
en blanda y muelle alcatifa
mientra en su poder no tenga
á Yahíe el Nazeríta.
Pero el destino inflexible
otra cosa determina:
Dios es vencedor tan solo,
y Dios la soberbia humilla.

—

¿Para qué son esas tiendas
que al pié del cerro se apiñan,
formidable campamento
de vistosa simetría?
flámulas y gallardetes
tremolan sobre sus cimas:
el pendon blanco almoháde
en la del centro se agita.
Alli se albergan las tropas
que á Jaén la fuerte sitian,
las que marchan de Yahíe
tras la señera legítima.

La aurora por el oriente
esparce ya su luz tibia:
el muezzin desde las torres
para la plegaria invita.
Todo el mundo ¡paz! murmura,
todo al júbilo convida:
solo el orgullo del hombre
la paz y el júbilo esquiva.

—

De los pífanos el eco
sube en álas de la brisa
á la ciudad consternada
desde la vega florida:
y Aben-Chalif el Alcaide
asomado á una vigia
vé formarse en escuadrones
la muchedumbre enemiga.
¿Porqué su rostro se inmuta!
¿porqué su esfuerzo vacila?
¿vió quizá de algun conjuro
la evocacion maldecida?
Ha visto mas: porque ha visto
¡y ojalá fuera mentira!
á Alhamar el invencible
en las sitiadoras filas.
Monta su bridon soberbio
que de placer se encabrita
y orgulloso con tal carga

espumas al viento envia.
Como en torno de un planeta
otros secundarios giran,
así escoltan al caudillo
guerreros de fama limpia;
Abu-Meruan, de Jaén,
Muza y Alí el Azedita,
Aben-Aydac, de Alcalá,
y Alasbaron, de Sevilla.
Del adalid en la frente
rayos de victoria vibran:
sus rojos cabellos cáen
bajo el turbante en anillas.
Campo de plata es su escudo,
que cruza diagonal cinta:
le galib ile Allah, dice
entre dragones su cifra.
Las haces vá recorriendo,
y ordena las compañías,
y aplaude á los animosos,
y á los cobardes mancilla.
«Bien me conoceis, les habla,
»sabeis que esta noche misma
»vine á triunfar con vosotros
»ó á dejarme aquí la vida.
»El derecho nos abona
»y el valor nos fortifica;
»traidores teneis enfrente,
»y la traicion siempre es tímida.
»De vuestro Emir á la parte

»están razon y justicia.
»y mil recuerdos de gloria
»á nuestro lado militan.
»¿Qué han hecho esos miserables
»que ocupar el trono ansían?
»¿Qué han hecho? entregar mi patria
»trozo á trozo al de Castilla.
»¡Sús, y á Jaén, compañeros!
»esta noche en sus mezquitas
»quiero cantar la victoria,
»ó no he de ver otro dia.»
Dijo, y su ardiente palabra,
lampo de fuego, electriza.
y el soldado palpitante
al asalto se encamina.
Las saétas voladoras
dó quiera la muerte envian:
y las máquinas de asedio
el recio muro aportillan.
Al ver el Emir fogoso
la brecha que se practica,
en la nieve de sus canas
siente un volcan todavía.
Nada valen los consejos
que la prudencia le dicta:
quiere caminar al lado
del que por su causa lidia:
y con febril impaciencia
que su corazon agita.
vá á dirigir en persona

las primeras compañías.
¡Desgraciado! porque apenas
emprende la ágria subida,
una flecha entre los brazos
de los suyos le derriba.
Á tal desastre las tropas,
perdido el ánimo, cían:
ya la derrota es segura,
si los cielos no la evitan.
Mas sí querrán evitarla,
que Alhamar acude aprisa,
y de su exánime deudo
besa la mortal herida.
Parece que su contacto
al triste Emir vivifica,
y pronunciar le permite
las frases que le encamina.
«Tú eres, Alhamar, la herencia
»de la estirpe Nazerita:
»á tí religion y patria
»su sosten y guarda fian.»
Y hecho este esfuerzo supremo,
convulsamente agoniza:
cayó, roble centenario
talado por la cuchilla.
Y como una estátua inerte
Alhamar, la vista fija,
conoce que su cerebro
con el dolor se estravia.
Pero al instante recuerda

su mision augusta y digna:
siente palpitar su pecho
con la fé que lo sublima:
y sobre el yerto cadáver
poniendo su mano invicta.
el lloro ataja y contiene,
y con ronco acento grita.
«Yo acepto, señor y tio,
»la empresa que me destinas.
»y juro hacer tus exéquias
»como tales no se escriban.»
Asi habló; y á sus soldados
de nuevo al asalto guia:
¿quién habrá tan valeroso
que el rudo embate resista?
Nadie, nadie; todo cede:
sucumbes, ciudad altiva;
sucumbes envuelta en luto,
sobre montones de víctimas.

—

Ejército numeroso
forma inmensa comitiva:
de lelíes y atabales
al marcial clamor desfila.
Sobre un corcel de batalla
el pueblo atónito mira
un cadáver, cuyo manto
luce régia pedrería.

Es el Emir que triunfa
de aquella ciudad cautiva:
su sobrino le sostiene,
la cabeza desceñida;
y vencidos, vencedores,
y las turbas movedizas
esclaman ante la muerte:
«¡Qué viva el Emir! ¡Qué viva!»

—

El caudillo infatigable
con perseverancia pía
la voluntad postrimera
de su pariente realiza.
Guadix, Baza y la Alpujarra
pronto su poder afirman,
que al cabo el Muslim conoce
dónde su interés estriba.
Aben-Húd, falto de fuerzas,
refúgiase en Almería,
dó Abderramán el Alcaide
bajamente le asesina;
y Alhamar, libre ya entonces
de la usurpacion inicua,
pone en Granada el cimiento
de una hermosa monarquía.

—

Tal fué el hecho memorable
que al nuevo reino dió vida,
y con rapidez lo eleva
á una potencia infinita:
tal fué el héroe que restaura
el poder de la morisma,
el que atrasó dos centurias
la española reconquista.
Salve, pues, Emir magnánimo,
á quien las bellas admiran,
á quien los débiles aman
á quien los fuertes evitan:
tú, fundador de la Alhambra,
que tu gusto pantetiza,
amigo de San Fernando,
que eso tu mérito indica.
Perdóname, si tu nombre
profanó mi musa indigna:
para cantarte debiera
pulsarse la mejor lira.
Descansa en paz con tu gloria
inestinguible, purísima,
sin que el tiempo la destroce
ni la marchite la envidia.

Antonio de Ochoa.

Nuestra Señora de la Cabeza.

—

ROMANCE V.

Lloraba aflijida España
que el agareno soberbio
abatió el godo estandarte
hasta el alto Pirineo.
Triunfante la media luna
de Jerez en el encuentro,
á la ley del vencedor
dobló el vencido su cuello.
En la general desgracia
de Andujar, el noble pueblo,
bajo la fé de un tratado
se entregó al vil sarraceno.
Pero ¡oh dolor! ¡oh vergüenza!
con lágrimas de despecho,
vió escarnecida la santa
Religion de sus abuelos;
vió sus vírgenes burladas;
vió derrumbarse sus templos;
vió la ominosa cadena
de esclavitud en su cuello;
y á huir de afrenta tan dura

se dispuso el pueblo entero.
Una imágen veneranda
guardaba en oculto templo;
imágen fiel, copia exacta
de la que es Reina del Cielo.
San Lúcas fué el noble artífice
que construyó este portento,
segun tradicion verídica
que se narraba entre ellos.
Ya preparada la huida
de la noche entre el misterio,
llevando la santa imágen
por Égida; salió el pueblo
del Señor, dejando á Andujar
en poder del agareno:
y antes que el sol alumbrara
su desercion, y sus fieros
enemigos se aprestasen
á perseguirlos sangrientos.
llegando al monte vecino
entre jarales espesos
á el grito de «libertad»
los cristianos se perdieron.
Y tras de angustias terribles
logrando ganar el cerro
de la Cabeza llamado
por su posicion y asiento;
sobre su mas alta cresta,
inspirados del Eterno,
vertiendo llanto dejaron

la Santa Imagen, teniendo
por trono la agreste piedra,
por régio dosel los cielos.

. . . .

. . . .

Pasando siglos y siglos,
llegó el año mil doscientos
veinte y siete: era una noche
serena; rendido al sueño
quedóse un pobre pastor
del Gaudola sobre el lecho,
entretanto que á su lado
velaban sus fieles perros.
Ya no era Andujar del moro,
merced al heroico esfuerzo
del Santo Moises de España,
el Rey Fernando tercero.
Ya el ancho Guadalquivir
era valladar soberbio
donde estrellaba su furia
todo el granadino reino.
Pero aun sus huestes asaltan
á el que descuidado y necio,
no se precave prudente
de sus ataques arteros.
Así, el pastor Juan de Rivas
se alzó de un salto del suelo,
á el sentir leve rumor
que acaso produjo el viento.
Pero todo estaba en calma:

deslizándose ligero
pasaba el plateado rio,
reverberando en su espejo
entre mil chispas de luz
la boveda azul del cielo.
Una niebla blanquecina
vagaba en torno del cerro
de la Cabeza; arrojando
tan deslumbrantes reflejos,
que el pastor imaginó
que estaba aquel monte ardiendo:
pero pronto vió su engaño,
pues partiéndose ligero
hácia la cresta empinada
quedó atonito, suspenso,
á el sentir vibrar tonante
de aguda campana el eco.
Pero allí quedó extasiado
hasta que el sol renaciendo,
el buen pastor Juan de Rivas
entre atónito y suspenso.
por empinada ladera
se encaminó á el alto cerro.
Luchó y luchó todo el dia
sin poder lograr su empeño;
pero al punto en que la noche
tendió su tupido velo,
la blanca luz misteriosa
se le apareció de nuevo;
y pidiendo á Dios su ayuda,

haciendo un supremo esfuerzo
con indecible trabajo
tocó la cumbre del cerro:
y allí descubrió asombrado
las maravillas del cielo.
Nuevo tabor era el monte,
misteriosa zarza ardiendo;
pues entre globos de luz
está la madre del Verbo
divino; el monte es su trono;
su régio dosel los cielos.
Las refulgentes estrellas
lámparas son de su templo;
y alfombra del tabernáculo
encinas, jaras y alechos.
Cayó el pastor de rodillas
y en santo recogimiento,
aguardó que se cumpliesen
los designios del Eterno.
Cuando una voz misteriosa
con inimitable acento
le dirigió estas palabras.....
«Vé á Andujar y dí á mi pueblo
que en este mismo lugar
venga á edificarme un templo.
Y porque seas creido
del mas impio ó mas ciego,
desde este momento mismo
pues tienes un brazo muerto,
por la voluntad de Dios

vuelva á la vida de nuevo.»
En tanto el alba rielaba
y ya los vecinos cerros
á iluminarse empezaban
con sus fúlgidos destellos.
Partió al punto el enviado
que álas le daba el deseo
de referir á los hombres,
tan admirable portento.
Llegó á la Ciudad gozoso
y cuantos su voz oyeron,
en solemne procesion
se encaminaron al cerro.
Y así que el justo tributo
de su admiracion rindieron
á la Vírgen sin mancilla,
fué alzado el fuerte cimiento
de aquel prodigio del arte,
de aquel suntuoso templo,
que admiracion de las gentes
y de los siglos desprecio
sobre su gigante mole
quiebran las nubes su vuelo.

José Garzon Aguado.

¡No hay plazo que no se cumpla!

—

ROMANCE VI.

I.

En el año mil trescientos
doce de la era cristiana,
cuando Don Fernando cuarto,
hizo en Martos corta estancia
al ir á prestar auxilio,
á las tropas que asediaban
á la villa de Alcaudete
que fué mas tarde tomada,
por ciertos vagos rumores
que de Palencia llegaran.
la muerte de Benavides
se juzgó bien aclarada,
recayendo las sospechas
¡sospechas muy infundadas!
en dos jóvenes señores
del órden de Calatrava.
Dos hermanos que el ejemplo
de nobles é hidalgos daban

y que esclavos del honor
jamás al honor faltaran.
Don Pedro llamóse el uno,
otro Don Juan se llamaba
de Carvajal, y en la villa
su residencia fijaran.
Era el Rey que tan solo
veinte y cuatro años contaba,
de carácter violento,
arrebatado, entusiasta.
aunque justo y comedido
muchas veces se mostrara.
Mas entonces olvidándose
de la autoridad sagrada
que tenia como Rey:
sin permitir que la causa
sometida fuera al fallo
de una accion justificada,
mandó que á los Carvajales
aunque nobles aherrojaran,
y la sentencia firmó,
sin que su mano temblara,
imponiéndoles ¡cruel!
una muerte horrible, bárbara,
que en los fastos de la historia
otro ejemplo no encontrara.
Protestaron su inocencia
mas su protesta fué vana.
que á su razon y defensa
no dió oidos el monarca.

II.

El triste dia amanece
en que han de ir al suplicio
los muy nobles Carvajales.
¡Dia de llanto infinito!
Hasta parece que el cielo
toma parte en el conflicto;
pues niebla espesa le oculta
quitando al sol luz y brillo
cual si de Dios la mirada
se apartáse de aquel sitio.
La gente se arremolina,
se oyen lamentos y gritos,
quien, separa la mirada,
quien, la fija con ahinco,
quien, al mismo Rey maldice
por no haberles concedido
que con pruebas eficaces
aclarásen el delito.....
Por un ángulo aparecen
con paso lento, tardío,
los nobles comendadores
que en busca van del martirio.
Llevan alta la cabeza,
el mirar es atrevido,
y en sus rostros se retrata
un desden supremo, altivo.
El Rey quiere presenciar

lo que llama su castigo;
y á la hora señalada
se hace conducir al sitio.
¡Se acerca el fatal momento!....
¡Ya llegan al precipicio!
¡En jaulas de hierro espesas
ya los han introducido!
¡Los inclinan!.... ¡Los empujan!...
¡¡Van á rodar!!... De improviso,
una voz grave, severa,
cual salida del abismo
se eleva, llega hasta el Rey
y estas razones le dijo.
«¡Rey Fernando! Mis palabras
en tu memoria es preciso
queden fijas, indelebles.
A Dios pongo por testigo
de que somos inocentes
y que inocentes morimos,
como á fé de caballeros
juramos sin ser creidos:
mas emplazado te quedas
á dar cuenta de tu juicio
ante el tribunal de Dios
á los treinta dias fijos;
y cuentalos desde hoy
porque empieza tu castigo:
que ante su augusta presencia
¡te esperamos.....!» Un ruido
horrible y aterrador

de hierro y huesos partidos,
desde el fondo de la cima
sube á la cumbre del risco;
pues los nobles Carvajales
rodaron al precipicio.

. . . .

La cruz del lloro se llama
desde entonces aquel sitio.

III.

Pasaronse treinta dias
desde aquel inolvidable
en que despeñados fueron
los hermanos Carvajales.
Era el siete de Setiembre:
Fernando en Jaen hallábase,
cuando el emplazado Rey
entró en su estancia á la tarde.
Lo que sucedió allí dentro
solo Dios es quien lo sabe:
pero cuando ya impacientes
los nobles las puertas abren,
á sus ojos se presenta
del Rey el yerto cadáver.....
¡No hay plazo que no se cumpla!
¡No hay deuda que no se pague!

Isabel Camps Arredondo.

Heróica y desesperada defensa de Iliturgi, cuando fué tomada por Scipion.

—

ROMANCE VII.

Junto á la frondosa márgen
que el anciano Bétis baña
espumoso entre las peñas
y sonante entre las cañas,
Despues de haber recojido
con ancha boca las aguas
del cristalino Herrumblar
que viene de altas montañas;
Yace (y no yace siquiera,
porque en su antigua comarca
no queda ya de Iliturgi
sino piedras, polvo, nada.)
Yace esa hermosa ciudad
y con ella tantas galas,
tanto valor, tanta gloria,
tanto honor para la España.
Todo pereció, la Huesa
tan solo su nombre guarda,
y las Cuevas de Licuergo

son ya mansiones de Cabras.
Yace en miserable olvido
entre arbustos y pizarras
ese pueblo, á cuyo frente
tembló el águila romana.
Terror del Cartaginés
que en vano quiso sitiarla
cuando era amiga de Roma
aunque no de buena gana.
Pero ay! cuantas son á veces
amistades simuladas
porque manos besa el hombre
que quisiera ver cortadas.
Yacen sus fieros soldados,
yacen sus hermosas damas,
sus termas y sus jardines
sus templos, Dioses, y aras.
Volubilidad del tiempo,
triste condicion humana
que los hombres y sus obras
todo en la tumba se iguala!
Y solo queda el recuerdo
de las mejores hazañas.
Y al pequeño lo despreeia
y al grande canta la Fama.
Asi en pós de los afanes,
despues de tantas desgracias
y de pérdidas sin cuento
en numerosas batallas,
Por los campos de la Iberia

Scipion se paseaba
ufano de la ventura
que Fortuna le brindaba.
Marcha al senado de Roma
que lo llena de alabanzas
como el lo llena de oro
y de la española plata.
Y despues que lo recibe
en triunfo con arco y palmas,
vuelve á gozar en la Bética
los placeres que le aguardan.
Pero un pueblo que orgulloso
reprimia su venganza,
nunca dió su cuello al yugo
de la insolencia romana.
Siempre libre, independiente,
ardiendo en horrible saña,
no perdonaba fatiga
que al invasor no arredrara.
Y así en tanto que Scipion
entre festines y damas,
los azares de la guerra
en muelle vida restaura,
El grito de rebelion
lleva el céfiro en sus alas
y Castulo é Iliturgi
son teatro de venganza.
Ofende á estos sobrios pueblos
la disipacion romana
porque hasta el nombre de Roma

les horroriza y espanta.
  Y encendido mas que nunca
el volcan de sus entrañas
rompe al fin y á los que intentan
apagarlo ardiente, abrasa.
  Pero al llegar á Scipion
esta noticia tan mala
tiembla y teme que á su ejemplo
se rebele toda España.
  Da cuenta de esto al Senado
y las lejiones de Africa
pone al instante á sus órdenes
para una empresa tan árdua.
  Era Scipion un guerrero
esforzado en las batallas,
previsor en el consejo
y hábil en guerreras trazas.
  Tan generoso tan bueno
que perfecto se llamara,
si la ambicion del poder
sus glorias nunca eclipsara.
  Severo con sus legiones
y en el peligro entusiasta,
capitan mas esforzado
no tuvo Roma en campaña.
  Clemente en empresas fáciles
y vengativo en las arduas,
mas de un ejemplo á la historia
le dejó de sus venganzas.
  Luego pues que apercibido

con sus tropas caminaba,
un tercio de ellas dirije
que á Cástulo sosegara.
Y sabiendo que Iliturgi
tiene la gente tan brava
guarda las mejores tropas
y se dispone á sitiarla.
Nó es mi pluma la bastante
á describir tanta hazaña,
tanto valor, tanta gloria
de Iliturgi ya sitiada.
En vano á los altos muros
quiere arribar con audacia
porque un diluvio de flechas
á sus tropas desbarata.
Sigue el furor, sigue el sitio,
los habitantes con armas
y cuanto á la mano hubieron
á los romanos rechazan.
Qué fuera de ver al viejo
olvidado de sus canas,
animar, prestar auxilio
y hacer heróicas hazañas?
Qué fuera de ver al jóven
que herido al golpe de lanza
al seno va de su amante
que no llora, sino rabia?
Los mas débiles y enfermos
en los templos y en las aras
juran perecer mil veces

antes que entregar la plaza.
Y con un denuedo horrendo
y desesperada el alma
ofrecen tal resistencia
que ya Scipion acobarda.
Y viendo que la fortuna
tan dudosa se mostraba
mas de una vez ya del sitio
quiso apartar su esperanza.
Pero recobrando aliento
con sus conquistas pasadas
alza la voz y á sus tropas
de esta manera les habla:
«Y que, valientes soldados,
»compañeros en las armas,
»vencedores, no vencidos
»admiracion de la patria;
»Habeis de ceder ahora
»manchando asi nuestra fama
»á un pueblo sin disciplina,
»sin militar ordenanza?
»Habeis de cejar con mengua
»llenos de vergüenza tanta
»ante un grupo de rebeldes
»sin disciplina, y sin armas?
»No se trata compañeros,
»de conquistar tierra estraña,
»se trata de rechazar
»nuestra afrenta y nuestra infamia.
»Traidores dieron la muerte

»con crueldad tan inhumana
»á nuestros pobres hermanos
»que amparo en ellos buscaban.
Demosles la muerte ahora
con fiereza tan estraña
que ni piedra sobre piedra
quede de Ciudad tan mala.
«Ánimo, valor soldados,
«vendamos la vida cara
«que pronto haremos ceniza
«la que en sus votos fué falsa.»
Esto diciendo y lanzando
al muro la fuerte escala
las tropas siguen su ejemplo
y desde el muro se bajan.
Agólpase el pueblo allí
con puñales y otras armas
y al fin cae Scipion herido
y la fortuna se para.
Cuando á la parte del rio
hincando clavos y lanzas
suben por la áspera piedra
las legiones africanas.
Se asoman, saltan el muro,
y el pueblo que todo estaba
por la otra parte á Scipion
resistiendo con pujanza,
Los deja entrar sin sentirlo
y entre dos fuegos se halla,
porque ya de su destino

decretó la suerte airada.
Y habrá pincel, habrá tintas,
habrá tan serena un alma,
que pueda, al vivo pintar
tan horrorosa matanza?
El grito horrendo, espantoso,
de la muerte y la venganza;
los lagos de hirviente sangre;
el caer de sus murallas;
El fuego que crece y corre,
el hambre, la sed, la rabia,
tal es el cuadro que ofrece
la Ciudad tan desdichada.
Viérase entonces la madre
pálida, desmelenada
moribunda ver morir
al hijo de sus entrañas.
Viérase al mísero anciano
que la piedad demandaba
y por respuesta su cuello
del tronco apartar la espada.
Y á la tímida doncella
desde el ricon de su casa
arrastrarla haciendo alarde
de torpezas y de infamia.
Ni las leyes del pudor
ni la caridad se guardan:
sácian brutales deseos,
sácian cobardes venganzas.
Y las casas se desploman,

los muros se desbaratan;
los castillos se deshacen,
los escombros se levantan.
Los alcázares se hunden,
y hasta los templos se aplanan;
y no queda de aquel pueblo
sino piedras, polvo, nada.

Manuel Sicilia y Astillero.

La casa de los Rincones.

—

ROMANCE VIII.

. . . .
Esa es voz del vulgo ciego
que con lo cruel confunde
el nombre de justiciero
porque él solo poner supo
á la justicia respeto.

MORETO.

I.

Dime tú, la negra casa
dó la pompa y la opulencia
del orgulloso magnate
en otro tiempo se dieran;
dime tú la de los muros
derruidos; la de alménas
que á las gentes pregonaban
de tus dueños la nobleza;
la de artesones labrados,
y alcatifas arabescas:
¿qué se hizo de tus señores,
de tus señores que eran,
en la córte los primeros,

los primeros en la guerra?
Hoy abandonada y triste,
miras caer tus alménas
al impulso de los aires
y de la ruda tormenta.
Y ves que tus negros muros
sostenerse en vano intentan;
que ya la mano del tiempo
con la destruccion te sella
y se cava lentamente
tu cimiento, á la par mesma
que en el olvido enterradas
tus tradiciones se quedan.
Tal vez, si intentara alguno
el velo en que estás envuelta
penetrar, nada sus ojos
descubriesen en tus piedras
para trazar una historia
ó misteriosa conseja
que en las veladas de invierno
cave el hogar se refiera.
Harto poco, noble casa,
de tu pasado te queda;
de aquellos tiempos que huyeron
de aquellas lejanas épocas
quede en sus sueños el alma
en gloria y misterio envuelta.

II.

Callada estaba la noche,
y mas que callada, negra,
ni un bulto alcanzan los ojos;
ni un rumor al oido llega:
solo el aire silva á veces
en son de lejana queja
que se dilata y se estingue
y se pierde allá en la vega.
En el gran Zoco arabesco
de Jaen, junto á la puerta
que de Martos lleva el nombre,
un hombre embozado espera
no muy lejos de la fuente
que llaman «La Magdalena.»
Noble es su porte. Intranquilo
por la ancha plaza pasea
con tal premura, que á veces
la corona de su espuela
rozando vá las del Zoco
duras, desiguales piedras.—
Parase un punto, escuchando;
y es que á lo lejos resuena
el crujir de una tizona
que contra la cota pega.
—Pero Gil! —Señor! —Yá mucho
ha sufrido mi impaciencia

creyéndote descubierto.
—Si tal sucedido hubiera,
por Dios que mi pobre vída
harto cara les vendiera.
—Y lo averiguaste? —Todo;
cuando la aurora aparezca,
tambien alzará este pueblo
por Don Enrique bandera.
Baldon, señor, por Castilla
que consiente con tal mengua
que un bastardo la avasalle
y que á su Rey no defienda.
—Basta, Pero Gil, de Enrique
no es la culpa; el labio sella
porque en tierra de traidores
no hay que fiar ni en las piedras.
Vamos de aquí! —Deteneos;
ved que el huracan arrecia,
y procurarnos albergue
donde descansar, es fuerza.
Acaso entre esta villana
gente, de mala ralea,
algun pecho noble quede
en quien la traicion no quepa.
Dijo, y con el duro pomo
de su daga, en la primera
ventana que á mano hallóse,
llamó con la mano diestra.
—Quién vá! responde una voz.
á tiempo que de la puerta

los ferreos goznes rechinan,
quedando á poco entreabierta.
—Hidalgos son, que á tu casa
á pedir albergue llegan,
porque la noche es oscura
y la tempestad no cesa.
—Adelante los hidalgos!
entren y no se detengan
que para hidalgos y pobres,
siempre mi casa está abierta.
Así contestára el huesped,
esto oyeron los de afuera,
y cuando el umbral pasaron
tras ellos cerró la puerta.

. . . .

En silencio á quedar vuelve
aquella plaza árabesca
que tiene al pié una fuente
y frente tiene una Iglesia;
fuentecica de aguas puras;
templo de la Magdalena.

III.

Sonriendo viene el alba,
sonriendo el alba llega,

por su rosada ventana,
ventana de oro y perlas.
Ya la tempestad pasó,
y en mil colores se ostentan
las flotantes nubecillas
que por el éter revuelan.
El sol comienza á dorar
la cruz de la aguda flecha
que se alza sobre la torre,
sobre la torre arabesca.
Y ya del mullido lecho
á levantarse comienzan
los que á pedir hospedage
y durante la tormenta,
la noche anterior llegaron
de Martos junto á la puerta.
Pero Gil es el primero
que abre y al umbral se acerca,
pero al ver un bulto armado
retrocede con sorpresa.
—Señor! Señor! nos vendieron!...
la mano en su daga puesta
esclama el noble hijodalgo.
—Villanos! nunca tal mengua
en los que su hogar me dieron
á suponer me atreviera!...
—No son traidores, señor,
los que con leal reserva
á su Rey le dieron guarda.
pasando la noche en vela;

esclama el buen Salazar;
y con la rodilla en tierra
al Rey presenta por armas
solo una tizona vieja
que por lo grande y mohosa
la de Rodrigo recuerda.
Tranquilo el Rey dijo entonces:
—*Sal del rincon* y á mi llega,
tú que cien veces mas noble
que los nobles de esta tierra
hospedaje al Rey Don Pedro
y guarda le dás: nobleza
á ti y á tus descendientes
forzoso es que yo os conceda.
Por ende, merced te otorgo
de lo que pedirme quieras,
que así el Rey Don Pedro paga,
la lealtad donde la encuentra.
—Señor, yo solo deseo
serviros en paz y en guerra
y para mi casa os pido
por merced, *aguas y almenas.*
—Todo el Rey, te lo concede.
todo concedido queda,
Don Pedro de Salazar
y del Rincon, porque es fuerza
que tal nombre y apellido
ilustren tu descendencia.
Ahora Pero Gil, al campo
que otras justicias nos restan

para que todos mis reinos
asosegados se vean
y en vano me los desmembren
los que en llamarme se empeñan,
el Rey Don Pedro el Cruel
que non fizo cosa buena.

. . . .

. . . .

Y dime, la noble casa.
la de las blancas almenas
¿qué se hicieron tus señores,
qué se hizo de tu opulencia?

JAVIER DE PALACIO.

Triunfo de las Navas de Tolosa[1].

AL PRÍNCIPE ALFONSO.

ROMANCE IX.

I.

«Caballeros de Castilla
los que seguis mi bandera,
los que mandais mis concejos
en la paz como en la guerra.....
Rey Don Pedro de Aragon
dechado de la nobleza.
á cuyo nombre el alarbe
tras de sus peñascos tiembla.....
Sancho el Fuerte de Navarra
el que en las lides se ciega,
el de la cruz de esmeraldas
sobre la armadura negra.....
Freiles duros Calatravos,
muralla de mi frontera
donde en espuma de sangre
la mar se rompe agarena.

Caballeros del Apostol
que llevais en una pieza
cruz y montante en el pecho
porque os dá la fé su fuerza.....
Caballería del Temple
cuyos arneses se templan
al fuego de vuestras almas
con el licor de las venas.
Órden noble Hospitalaria
de San Juan, en cuyas diestras
se tornan rayos las lanzas
y las espadas centellas.....
Don Rodrigo mi Arzobispo
de la Toledana Iglesia
que llevais *la capa al coro*
y el *pendon á la frontera*.....
Arzobispo de Narbona
que entre tu gente francesa
escudada vá la Vírgen
de Roca Amador escelsa.
Oid, oid y el esfuerzo
deje el puesto á la prudencia
que somos muro de Europa
y pedirnos puede cuentas
si el Dios que rige los hados
hora su amparo nos niega.
Estos montes nos atajan
no hay camino que los hienda.
el moro ocupa las cumbres
y un saetero puede en ellas

á mil detener si osan
enredarse en sus malezas.
Solo el jabalí las vive,
solo el lobo las pasea,
solo las pace el venado.
solo las cruza la cierva,
porque álas de acero dióle
en los pies naturaleza.
De Jaen y de Granada
son la muralla primera,
el moro Andaluz se duerme
tras de sus verdes almenas.
Allí el infiel tiene reinos,
templos, palacios y termas,
puertos, ciudades, castillos,
ricas minas, ricas vegas,
y son dos mares el foso
de ese jardin de la tierra.
Allí Córdoba la rica,
allí Sevilla la regia
de Italica la romana
y la famosa, heredera.
Allí Granada en que nace
la luz del alba serena.
Jaen allí reposando
cual lagarto en una peña.
¡Suelo donde el sol se para!
por llamarlo mio diera
mi hija la mas hermosa,
la mitad de mi diadema.

Con innúmeras falanges
allí Muamed nos espera
y llegar á la victoria
impide Sierra-Morena.
Tornarnos fuera cobarde,
seguir peligroso fuera.....
aconsejadme y el brio
deje el puesto á la prudencia.»

Asi una tarde de Julio
cuando el sol toca en la tierra
habla Alfonso á los caudillos
que á caballo le rodean.
sobre un llano con jarales
donde principia una sierra
lejano del campamento
donde su hueste hormiguea.
Sobre el cuello del caballo
tira la bordada rienda,
la mano sobre el estoque
en el talabarte enreda,
con la diestra plega el manto
y sobre el hombro le echa,
y así de sus capitanes
está esperando repuesta.....
Alfonso octavo. aquel Rey

que dió vida á tantas hembras,
que tuvo dos reyes santos
su inmediata descendencia,
que el amor partió y el cetro
con Eleonor de Inglaterra,
aquel de la minoria
tan larga como revuelta,
llamado el noble y el bueno
sin que al llamarselo mientan,
que dió en sus años de fuego
á la Judía mas bella
(aunque hay en España antiguas
escrituras que lo niegan)
horas de amor, que son horas
que en el tiempo no se cuentan.
El que en Alarcos vencido
morir quiso en la pelea
remojando en roja sangre
de la corona á la espuela.....
el que ha retado á los moros
de Marruecos y la Bética.....
y ha pregonado cruzada,
y de Toledo en la huerta
racion, asilo y soldada
otorgó con mano esplendida
y ha recabado del Papa
con la bendicion suprema
rogativas que hace Roma
por el tiempo de la empresa.
Que ha dicho Muamed el verde,

llamado así porque lleva
de esa color el turbante,
que hollará la Europa entera
y cuadras hará del alto
Vaticano en las cancelas.
y está con tantos soldados
del Muradal á Baeza,
que al estender la batalla
parece falte la tierra.

—

Sancho á hablar se disponia,
cuando en medio de las breñas
vé un pastor, la honda por banda
y en la mano la ballesta
que á saltos como una corza
á los cruzados se acerca.
«Reyes cristianos (les dice
destocando la cabeza)
de vuestras fuertes ciudades
cobijaos con las peñas
tornadvos como quien fuye
si fé non habedes luenga,
la lobada viene ahullando
que non la vide mas fiera
ni vió mas moros el mundo
que son al pié de esas crestas.
Si traedes la fé granada
y en Dios esperanza fecha.

ordenad que vos recojan
agora mesmo las tiendas
y yo, por servir á Cristo,
mientras el lucero llega
para trasmontar las cimas
mostrarvos he la vereda.»

—

La voz del cielo oye Alfonso
y sus bravos en aquella;
ordénase la partida
y á muy poco por las quiebras
vá desliándose el campo
en marcha callada y lenta
como vá soltando anillos
en el bosque la culebra.

II.

¿Porqué me tiembla la mano
sobre el papel insegura,
al evocar los recuerdos
de la gigantesca lucha?
De la memoria los ojos
sondan la hueste moruna

y en la derrota posible
piensa el alma con angustia.....
ay! mi Castilla! si al moro
la victoria presta ayuda!
ay mi Aragon! mi Navarra!
ay mi Galicia! mi Asturias!
mi Barcelona! ay de Europa!...
si el Atila de las lunas
rompe ese campo de cruces
y á los breñales lo empuja!....
El Coran dirá ó la espada
al arrojaros con furia
las astillas de los cetros,
que habrá arrancado en la pugna
á los tres Monarcas muertos
con valor y sin ventura....
Y los huesos de Pelayo
sintiendo perdida en una
la labor de cien batallas
y que la cruz está en fuga,
temblarán de espanto y rabia
dentro de su sepultura
y acaso no vendrá el dia
de la reconquista nunca!!

—

Cides, Alfonsos, Ramiros
descansad en vuestras tumbas
que góticas catedrales

en sus capillas ocultan.....
En los ojos de este Alfonso
victoria grande se anuncia.
torne la calma á mi mano
y escriba lauros la pluma.

Perezoso llega el dia
rompiendo la negra bruma
cual si temiera la aurora
tantas haces viendo juntas,
que han de comenzar la liza
en habiendo luz alguna.
Pedro de Arago n Segundo
con la corona y la púrpura
junto á un altar con la imágen
del Salvador se apresura
á otorgar á Nuño Sanchez.
que tiene la sangre suya,
la órden de Caballería
y Nuño vá con la túnica
blanca y el acero á espaldas
á la ceremonia augusta.
Dice misa Don Rodrigo
el Arzobispo, que escuchan
cien mil hombres de rodillas,
y al elevar á la altura
la sagrada forma, el sol
rasga el Oriente é inunda

de luz dorada soldados
campo y altar y armaduras.

—

¡Caso raro! los tres Reyes
la noche pasada turbia
con una cruz han soñado
que no saben lo que augura.....
y los tres á un tiempo ahora
miran al frente confusa
la árabe tropa ordenada
que cinco leguas ocupa.
Jamás en hidalgos pechos
entra el áspid de la duda,
mas la sangrienta hecatombe
forzosa ya les conturba.

—

Divídense los cruzados
en tres mesnadas robustas:
vá Castilla á la derecha;
Lara su estandarte ondula,
el centro tiene Navarra,
Gomez Garcia asegura
su insignia; en el ála izquierda
Aragon sus filas junta
bajo el pendon de San Jorge
que no retrocede nunca.

—

El alarbe en unas navas
que enfrente estan se situa.
allí está el hijo del Atlas,
allí los hijos de Nubia,
el Numída, el Mauritano
y la morisma andaluza.
En un foso á la rodilla
está metida la turba
de peones, y sugetos
entre sí con ligaduras.
Detras la caballería
brava, gallarda, robusta,
potros árabes cabalga
mas ligeros que las brumas.
Viste el *Miramamolin*
(que en nuestra lengua figura
el gefe de los creyentes)
rojo manto, el hierro empuña
dentro de una rica tienda
do el oro brilla y la púrpura.
Junto á él en aurea silla
luce el Coran su escritura,
rodeado de un palenque
de recios troncos que juntan
gruesas cadenas de hierro
que le dan fuerza y le escudan.
Diez mil negros tiene dentro
hijos de la sombra oscura
llamados los inmortales
porque jamás capitulan.

Recorre Alfonso las filas
sobre un caballo de Úbeda
defendido con la malla
de rica labor menuda;
que el negro pecho blanquea
con anchos copos de espuma.
En el centro se coloca,
la noble espada desnuda
con ella al frente señala
y en voz esclama segura:
«Cristianos, allí está el moro
que nuestra tierra subyuga;
¡que hoy nos dé la tierra nuestra
ó gloriosa sepultura!»
¡Oh Dios! por tu fé lidiamos
nuestras plegarias escucha.....
¡que podremos sin el soplo
de tu omnipotencia suma!....
Súbito y ensordeciendo
los ecos cercanos zumba.
el rudo grito del árabe
para comenzar la lucha.
Detiene el campo de Cristo
la audaz embestida ruda,
como á las ondas el dique,
que al verse rotas retumban:
retroceden, se rehacen,
voltigean y se abultan,
á chocar vienen de nuevo
y no lo salta ninguna.

El moro estiende sus filas
en tenaz inmensa curva,
queriendo encerrar las cruces
que al fin envueltas se juzgan,
cian sin órden y presto
en huida se pronuncian.
Quiere Alfonso detenerlas,
su voz se pierde confusa.
Reyes, nobles, caballeros,
con ansia la muerte buscan....
Entonces rauda una nube
el éter límpido cruza,
sobre los cristianos pára,
de una cruz toma la hechura
y el sol orlándola en oro
la recorta y la dibuja.
Luego Domingo Pascual
Cruciferario, con una
de hierro que lleva un índice,
se mete en medio á la chusma,
un haz de flechas le lanzan
que en el hierro se despuntan
y sano hiende el turbion
de moros que le circunda.
Milagro! dice, milagro!
mil labios gritan y estrujan
al árabe consternado
por la acometida súbita.

—

Sancho el Fuerte, cien jinetes
tras de su caballo aduna
y por los moros se mete,
y al palenque llega y pugna
por entrarlo, y de un hachazo
la cadena desanuda,
y pica al corcel y salta
y mil le imitan..... y en suma
ya no es derrota, es matanza
del palenque á la llanura.

—

¿Quién refiere tantos hechos,
quien reduce á cuento muchas
hazañas del fausto dia
tan fatal para las lunas?....

—

Levanta un cántico el clero
junto de la tienda turca,
y Alfonso gozoso alzando
la vista al cielo pronuncia.....
Tuyo es, ¡oh! Dios, el triunfo
y será la gloria tuya.
¡qué es el hombre sin el soplo
de tu omnipotencia suma!!

Antonio Almendros Aguilar.

Al cerco de Ubeda
en 20 de Julio de 1212.

—

ROMANCE X.

Mirad los *Marianos* montes,
mirad sus morenas faldas
destilando sangre mora
que se mezcla con las aguas
que entre ásperos y hondos cauces
van corriendo amedrentadas,
serpientes hora de fuego
si enantes lo eran de plata,
á causa de la hecatombe
mayor que la historia narra.
y ved del Naser Mahomed,
el temible Emir del Africa,
trizas hechas las legiones,
rotas, dispersas las taifas.
la vuelta de Jaen medrosos
con algunos de su guardia
tomar. huyendo del *Campo*
que nombran *de la Matanza*,
cerca de Despeña-perros.

y de Tolosa en las Navas.
donde florecen laureles
de la española cruzada.
¡Cual brillan los estandartes
de Aragon y de Navarra!
¡Cual lucen los de Castilla
que ondean á retaguardia!
Tres Reyes por tu fé unidos
serenos á la lid marchan,
y los siguen los prelados
guerreros de egrégias casas,
hijos-dalgos, ricos-hombres.
francos y de Lusitania,
de todo el Orbe católico
furgentes, fardidas lanzas.
los Templarios caballeros.
los brazos de Calatrava,
uniendo cantos de guerra
á las místicas plegarias
y al viento dando la Cruz
que los guia y los ampara:
¡con que órden y diligencia
de las altas cumbres bajan!
Como vuelan sin descanso
por la andaluza comarca
y coronando la *Loma*
que levanta roja valla,
lanza en ristre los ginetes
cual caen sobre *Biatia!*
Muda como un cementerio

la antigua ciudad se halla,
y sarcófagos parecen
sus templos y torres pardas,
pues viejos, niños, mugeres,
la abandonaron con ánsias,
guareciendose en *Ebdete*
que haciendo oficios de hermana,
dióles próvida su pan
humedecido con lágrimas.
Los árabes mas valientes
desde la Mezquita magna,
ó confiados en ella
ó en las fuerzas que aun quedaban
en Jaen, y que en su auxilio
creyeron tal vez tornaban,
ó émulos de aquellos héroes
que sucumben por la patria:
á los cristianos provocan,
desprecian sus amenazas,
y antes que rendirse, fieros
perecen entre las llamas,
mártires del fanastismo
y dignos de mejor causa.
Las falanges victoriosas
sobre Ubeda sin tardanza
se dirigen raudas llegan
y la estrechan y la asaltan,
con rudo teson defiéndenla.
Defienden osados á Ubeda
desde sus fuertes murallas

los moros, que decididos
juran morir en su guarda
y sacrificar tremendos
al que ose volver la cara
ante el coligado ejército
que feroz los circunvala,
pues su corage acrescian
porque cuartel no esperaban
aquellos que en Alakab
esquivaron lid aciaga,
y otros muchos que acudieron
de las limítrofes plazas.
Peleando como tigres
con saña desesperada,
ocho dias con gran éxito
á los cristianos rechazan;
mas los tercios de Aragon
que de bravos lienen fama;
que nunca son los segundos
para empresas temerarias
y temen si dura el cerco
que los ánimos decaigan;
y temen á la escasez
y al hambre que les amaga;
así como un torbellino,
impertérritos avanzan
y á los rogizos adarves
aferrando las escalas,
asaz mermados ascienden
y saltan á las muralles,

siendo el primero un soldado
que Juan de Mallen le llaman.
Angel esterminador,
ahuyenta, destroza ó raja
cuanto encuentra, ó se le pone
al alcance de su espada.
Aterranse los alarbes
ante la increible audacia
de aquellos que mas que hombres
semejan aéreos fantasmas:
la menuda muchedumbre
do quier arremolinada,
asorda el torréado ámbito
con insólita algazara.
y mal su grado los gefes
ofrecen rendir las armas,
si les dejan la ciudad
dando sumas de importancia.
Los reyes y ricos-hombres
se inclinan á hacerles gracia,
mas los marciales Obispos
altaneros los rechazan
y con voces estentóreas
«¡muertos ó cautivos, claman,
que tratos con los infieles
vedados los tiene el Papa!»
Rehácense los sitiados,
blanden con furor las lanzas,
saltan los corvos alfanjes,
saltan las recias espadas.

rueda el acerado escudo,
rueda la ovalada adarga:
chispas brotan de las piedras,
gotean sangre las lanzas,
el ejemplo de Aragon
siguen Castilla y Navarra:
reencuentranse las gumías
con los puñales y dagas;
tiñense los alquiceles:
sangre los coletos manan;
vuelan turbantes y cascos,
brazos y manos cortadas;
cabezas de un solo tajo
desprenden las cimitarras,
redoblanse los fendientes,
caen otras en represalia
que chocan en las almenas
y van como granizada
rebotando entre los vivos
que impávidos se adelantan
á cubrir aquellos claros
que la muerte les depara:
en todos los torreones
cunde el espanto y la alarma:
por tortuosas escaleras
por caracolas y rampas
penetran los nazarenos
y abre las puertas ferradas;
Reyes, maestres y obispos
entran tambien y rechazan

de los ciegos musulmanes
las oleadas compactas;
y sangre fluyen los muros
que inunda calles y plazas;
vuelve el pánico á los moros,
repléganse á la alcazaba
donde súbito Castilla
tremola la imágen sacra
de la que es madre del Verbo
y vírgen inmaculada,
y quedan la gente mísera
y la guarnicion esclavas,
coro haciendo con las víctimas
que el ay postrimer exhalan.

. . . .

Por tan terribles sucesos,
y tan gloriosas hazañas,
sobre las torres de Úbeda
flotó el pendon de las Navas.

Domingo Martinez.

Conquista de Ubeda por S. Fernando.

—

ROMANCE XI.

De Castilla y de Leon
era ya Rey Don Fernando
tercero, cuyas virtudes
diéronle el nombre de Santo;
y apenas del nuevo reino
las cosas hubo arreglado,
seguir resuelve la guerra
en el sarraceno campo,
en la andaluza frontera
de Cristo tremola el lábaro.
Pero el pendon de Mahoma
se cierne altivo á su lado!
La codiciada Baeza,
Andujar, Quesada, Martos
y otros castillos que fueron
del agareno el amparo,
convirtieron sus mezquitas
en templos de Dios sagrados,
y ser de Castilla siempre
con santo fervor juraron.

Mas Ubeda, infiel Ebdete
su destruccion olvidando,
á ser ha vuelto del moro
fuerte asilo, y en sus altos
muros, el turbante asoma
á Castilla amenazando,
¡infieles! en vuestro enojo
pudierais creer acaso
que en interminables lides,
ya perdiendo, ya ganando,
partir la España debierais
á medias con los cruzados?
Los vencidos en las Navas,
soñarán en otro Alarcos?
Mal lo pensasteis, infieles,
en vuestro orgullo insensato;
las imprudencias de Alfonso
no las tendrán los Fernandos.
Y mal que os pese ha de ser
el andaluz, fértil campo,
mas que el Eden del Profeta
el Paraiso cristiano.

—

De Ubeda y Jaen los nombres
nunca estaban olvidados
de Don Fernando en la mente;

de sus sueños el mas grato
era el que le hacia ver
de estos dos pueblos el ámbito
sometido para siempre
de Castilla á los cruzados.
Y así en cuanto vió reunidas
sus huestes, que no tardaron
en acudir al acento
de ¡guerra al moro! bajando
hácia el término andaluz,
y dejando al diestro lado
al pasar Sierra-Morena
de *Alacab* el rojo campo
dó la sangre de los moros
aun se vé ardiente humeando,
á vista llegan de Ebdete
la de muros almenados,
la del alcazar soberbio,
la enemiga de cristianos.

—

No estaban desprevenidos
los ebdetenses, cercados
de enemigos en Baeza,
Quesada y Vilches, se armaron
fuertemente para el dia
que miraban no lejano.

en que la hueste cristiana
llegara á desafiarlos.
Altos muros, torreones
de trecho en trecho elevados,
recias puertas los encierran
de rudo ataque escudándolos,
dentro del muro se guardan
innumerables soldados,
que hace tiempo al enemigo
estaban allí esperando.
Entre ellos se ven altivos
los adalides mas bravos
que en el reino de Jaen
en cien combates brillaron.
Nada de esto ignora el Rey
de Castilla; sabe cáuto
que fuera mas que dificil
la empresa, si sus cruzados
no tornáran lo imposible
en fácil con su entusiasmo.
Allí tiene entre su hueste
los valientes Castellanos,
que supieron en las Navas
vengar la afrenta de Alarcos.
Los bélicos caballeros
al par que insignes prelados
que con la cruz y la espada
prodigios hicieron tantos.
Los maestres de las órdenes
que tanta gloria alcazaron

en la tierra que hora huellan,
por Don Alonso guiados.
Allí estan los infanzones
de alma grande y fuerte brazo,
con cuyo auxilio en Baeza
plantó la cruz el de Haro!
Y allí se ven ricos-hombres,
grandes, plebeyos, hidalgos,
que por seguir á su rey
su amor y solar dejaron.
Ay de Ebdete la morisca
con sus adalides bravos;
Castilla al pié de sus muros
altiva la está retando!

—

Armadas están las máquinas,
y el destrozo vomitando,
á la ciudad de los moros
llevan el ódio cristiano.
Fundíbulos y trabucos
y algaradas, arrojando
enormes piedras que silban
con ímpetu estraordinario,
estrellándose en las torres
y en las murallas botando,
los baluartes morunos

van deshaciendo á pedazos.
Nada desmaya el arrojo
de los valientes cruzados
que en las cavas y en las minas
trabajan firmes é impávidos;
ni las nubes de saetas,
ni los dardos emplumados,
ni las piedras que con hondas
los moros lanzan al campo,
bien se conoce que hay dentro
adalides esforzados:
el que su adüar defiende
bien se conoce que es bravo!
Que si al pié de la muralla
no estuvieran castellanos,
huyendo los sitiadores
renunciáran al asalto.
Mas ¿qué habrá que no venzan
los descendientes preclaros
del héroe que en Covadonga
puso en el Profeta espanto?
¿Habrán de retroceder
los que en Tolosa avanzaron?.....
Perder terreno en las lides
no saben los castellanos!
Ardiendo en sed de conquista
el cerco ván apretando,
y la morisma no puede
resistir empeño tanto.
Faltan ya las municiones.

ya no hay recursos, los brazos
de todos los defensores
al suelo se inclinan lánguidos.
En vano los principales
Arrayazes inflamados
de ira, evocan del Profeta
el nombre, *¡algihed!* gritando
que ya de los mas valientes
ha desfallecido el ánimo,
mientra en la hueste de Cristo
vá creciendo el entusiasmo.
. . . .
Mantenerse es imposible;
un arrayaz sale al campo
para proponer al Rey
la rendicion, y que á salvo
quede la vida en Ebdete
de los que ya son esclavos.
Y la piedad, que domina
en el pecho de Fernando,
concédele cuanto pide
entre víctores y aplausos.

—

Veinte y nueve es de setiembre
dia de San Miguel y año
del nacimiento de Cristo

mil doscientos treinta y cuatro.
De Ebdete la infiel se abren
las puertas para dar paso
á la hueste victoriosa
que con las cruces en alto.
y al son de los atambores
y clarines y entre cantos
que al Dios de los fieles alzan
los corazones cristianos.
en la ciudad conquistada
penetran con entusiasmo.
Vistosa es la procesion
y magnifico espectáculo
el ver á los vencedores
con los estandartes santos
enhiestos, y cien banderas
y pendones variados
á la mezquita mayor
dirijirse, que está al lado
del fuerte alcázar, asilo
de los moros tantos años.
Allí desde la alta torre
el real estandarte sacro
con la cruz, ondéa al viento
la victoria proclamando.
Al pié vénse de rodillas
lo triunfadores soldados,
que con su Rey solemnizan
la creacion del signo santo;
mientras que detras se ocultan

mil moriscos cabizbajos
que en busca de nueva patria
piensan y derraman llanto.

—

Triunfó la cruz! El inmundo
lugar de Mahoma, exhausto
está ya de la impureza
que lo manchó luengos años.
De la mezquita mayor
purificóse ya el ámbito,
y en vez de infandas huríes
que obsceno culto lograron,
de la inmaculada Vírgen
brilla la imágen con santos
resplandores, que descienden
á dorar el tabernáculo.
Oye la primera misa
el Rey en el ya cristiano
Templo, que está de Maria
á la Asuncion consagrado;
y volviéndose al alcazar,
en sus súbditos pensando,
al gobierno de la villa
se dedica asíduo y sabio.
Las tierras todas y casas
de los moros conquistados,

en justo repartimiento
dálas á los hijos-dalgo
que del sitio en los combates
por su valor se notaron.
Estos bravos infanzones
esfuerzo serán y amparo
de sus castillos: es justo
defiendan lo que ganaron.
Póblase la nueva villa
con presteza, que afamado
es el suelo de su loma:
no tiene rival su campo!
Acude de Cuenca gente
bastante á formar un bárrio;
y al cambio de hogar no quieren
que siga de fuero el cambio.
Pues son sus leyes tan sábias
que al imponerlas á estraños,
felices los libres quedan,
y libres son los esclavos!
Su fuero de Cuenca piden
y otorgáselos Fernando;
sabe que vasallos libres
han de ser buenos vasallos.
Del presidio, en el alcazar
alcaide queda nombrado
un ilustre caballero
del linaje de los Dávalos,
cuyo solar en Navarra
es de prez y lustre tanto

que en un infante se halla
su antiguo orígen preclaro.

—

Triunfó la cruz! Ya de Ebdete
quedará tan solo vago
un recuerdo..... Ubeda nace
para el reino castellano!
Ubeda! Castillo insigne
de la fé será y amparo,
cuyas armas victoriosas
llegarán hasta el palacio
dó los reyes de Granada
duerman el postrer letargo.
En la frontera andaluza
lugar es priviligiado:
mirar á Castilla puede,
y puede mirar al Darro.
Bien pronto sus moradores
las murallas restaurando,
las harán inespugnables
defendidas por su brazo;
y las torres de sus muros
dirán á los que admirando
su antigüedad las buscaren,
los linages mas preclaros
que en ella se distinguieron

en tiempos mas avanzados.
Allí pondrán sus escudos
los Mexías y los Dávalos
de dó saldrá un condestable
poderoso y desdichado.
Y allí los Cobos, la Cueva,
los Traperas, que en insanos
rencores con los Arandas
revueltos tendrán los bandos;
los Molinas y Porceles,
Horozcos, Biedmas, Mercados,
Castillos y Sanmartines,
que hicieron atestiguando
aquellas torres; en ellas
pondrán sus escudos varios.

EUGENIO MADRID RUIZ.

La jornada de Martos.-1275.

—

ROMANCE XII.

En las playas de Alquirás,
campo de honor para España,
gritos bélicos resuenan
contra la gente cristiana.
El recuerdo de Clavijo,
de Covadonga y las Navas
á los muslimes irrita,
que solo tierras escasas
les quedan, de todo un reino
que el mar con su manto guarda.
Ya sienten que se derrumba
el imperio, que de África
Muza y Tarik atrevidos
sobre la Iberia fundara;
que bajo el cetro agareno
se cruzan sombras aciagas
anunciadoras de muerte
para la andaluza raza.
Propicia ocasion se abre
á sus deseos de venganza,

estando el Rey Don Alfonso,
gloria de la ciencia hispana,
en el concilio Leonés
dictando sus leyes sábias;
y así con loca alegría
hácia Castilla adelantan.

—

Abu Jusef es el jefe
de las tropas africanas,
que reunido con Mahomad,
el Rey nuevo de Granada,
con ardoroso denuedo
á sus gentes entusiasman:
fanática muchedumbre
confusamente formada,
por los hijos del desierto,
por los que cruzan el Atlas
persiguiendo las panteras
en su corcel de batalla;
los que de Tunez y Orán,
allá en la arenisca playa
duermen tranquilos al pié
de palmera solitaria;
mas que al son de nueva lucha
corren, se aprestan y embarcan.
Y á todos ellos reunidos
con los de Guadix y Málaga,
solo un pensamiento anima,

solo alienta una esperanza:
reconquistar lo perdido
y satisfacer su rabia.

—

Por las vegas andaluzas
los moros se desparraman,
y en salvaje merodeo
las mieses y vides talan.
En dos cuerpos se dividen,
pues esto á sus miras cuadra:
el uno marcha á Sevilla,
á Jaen el otro marcha.

—

Al castellano tranquilo
le avisan las atalayas,
que los hijos de Agar vienen,
cual nube que el viento ensancha,
á caer sobre los muros
de las ciudades cristianas.

—

De Toledo es Arzobispo
un joven de alta prosapia;
su cuna es cuna de Reyes,
y en el pecho el valor guarda,

que de su padre Don Jaime
junto con nombre heredara.
Contra el árabe invasor
sacra bandera levanta,
y presuroso reuniendo
de Madrid, Guadalajara,
de Toledo y Talavera
escasa gente, aunque brava,
sin esperar los refuerzos,
que el de Haro organizaba,
contra el caudillo Mahomad
como valiente se lanza.

—

Entre Martos y Jaen
dos cerros su frente alzan,
y por su seno de flores,
formando estrecha garganta,
inculta senda se abre
cubierta de verdes ramas.
Parece un bosque sagrado,
en el que el silencio calla,
y donde los labios mudos
el corazon solo habla.
Sitio mas propio de amores
que de la fiera emboscada,
que el islamita al cristiano
belicoso le prepara.

—

El Arzobispo Don Sancho
atraviesa esta cañada
un dia de otoño, al salir
por Oriente la alborada.
La campiña se divisa
en brumosa lontananza,
y á ella sus pasos dirige
nuestra falange cansada.
Mas de súbito los árabes
hasta el valle ahullando bajan,
como nacidos engendros
que de la tierra se escapan;
y mil ponzoñosas flechas,
que forman nube compacta,
á las tropas de Castilla
sorprenden y desbaratan.
El cristiano se repone
y á su vez tambien ataca;
la morisma se enardece,
y en un círculo de lanzas
al soldado ibero encierran,
que muere, ya que no mata.
Los aceros damasquinos
con las hojas toledanas
chocan, crujen, se deshacen
é hirvientes y rudas saltan.
Los bridones se impacientan
y su resoplido inflama
al asustado peon,
que ya presenta la espalda.

Todos su valor aumentan,
y redoblan su pujanza;
ora los moros embisten,
ora el castellano marca
en el turbante agareno
valerosa cuchillada.....
Mas, poco sirve el denuedo
cuando la suerte es contraria.
Al alígero corcel,
que el Arzobispo montaba,
una flecha maldecida
en el pecho se le clava.
Y entonces un gefe árabe
dando un salto se avalanza
contra el prelado que cae
profiriendo una amenaza.
Los demas moros se ceban
en espantosa matanza,
y se vengan á su vez
del desastre de las Navas.
El infeliz Arzobispo
aprisionado se halla,
en tanto que se disputan
los gefes presa tan cara.
«Muera el *alfaquí* cristiano»
alguno grita con rabía,
«que viva;» repiten otros
llenos de codicia insana,
«nos es preciosa su vida,
pues que será bien pagada.»

—

De pronto estraño rumor
á la tropa musulmana
estremece, y todos miran
el sitio donde sonara.
Oscura nube de polvo
á lo lejos se levanta,
que al corazon de Don Sancho
llena de dulce esperanza.
Brillante caballería
por la llanura adelanta.
y al son de guerra las tropas
mueven confusa algarada,
rizándose á su cabeza
el estandarte de España.

—

«Démonos prisa, corramos»
gritan los hijos del Africa;
y en precipitada fuga
emprenden la retirada.
Mas ay! que uno de los gefes
levanta su mano airada
y en el pecho del prelado
sepulta su cimitarra.
Y otro, que viera brillar
sobre su dedo una alhaja,
al inánimado cuerpo
de un corte la mano arranca.

—

Un apuesto caballero
armado de todas armas,
al frente erguido camina
de la hueste castellana.
La historia guarda su nombre
entre sus brillantes páginas;
y al bravo Lope de Haro
el juglar tambien ensalza.

—

Bien pronto advierte la lucha
que ya se encuentra empeñada,
y al galope se dirige
hácia el sitio de batalla.
Al llegar, se para y mira.....
y de sus ojos dos lágrimas
sobre el cuerpo mutilado
del Arzobispo derrama.
Entonces, como pantera.
que sus hijos le robaran
sin esperar que los suyos
le sigan ó nó, se lanza
furioso y arrebatado
del moro á la retaguardia.
Los demas ginetes corren
tras la turba musulmana,
que por la ancha llanura,
que hasta Martos se dilata,
sin órden y temerosa

hállase diseminada;
y en ella sacian su ira
al golpe de las espadas.
Lucha homérica, terrible
sigue despues: de las mallas
saltan los recios alambres
revueltos con sangre brava.
y los acerados petos
el golpe rudo rechaza.
Don Lope á los islamitas
persigue con furia osada.
y cual raudo torbellino,
gira, destroza, maltrata.
y sus ojos chispeantes
tan solo piden venganza.
El polvo en rojo se tiñe;
la muerte aun busca con saña
victimas que á su furor
pronto sean sacrificadas.
Por mil partes arrollados,
á las cercanas montañas
en vergonzosa derrota
los musulmanes escapan.

—

Quien poderoso á las fieras
apartó de las cabañas;
quien sobre el llano feraz
estiende dorada capa;

quien bondadoso á sus hijos
en los peligros ampara.....
En este dia memorable
de tan brillante jornada,
sobre las tropas de Haro
estendió su mano santa,
y humilló la media luna
ante la enseña cristiana.

Francisco de P. Sanmartin.

Tradicion relijiosa acerca de la aparicion de Ntra. Sra. de la Capilla.

ROMANCE XIII.

«Tuya es la empresa santa
de hacer del pueblo generoso ibero
despues de angustia tanta,
de los pueblos ilustres el primero;
tuya será la gloria,
y nombre eterno te dará la historia.»

El Duque de Rivas.

Éranse del siglo quince
los treinta primeros años;
diez dias del mes de Junio
se contaban, y era Sábado.
Nuestra diócesis regia
el Obispo Don Gonzalo,
varon tan esclarecido
en cuna y fervor cristiano.
como valiente adalid
siempre que al campo contrario
salió esgrimiendo la espada
contra el africano bando.

Cerca de la media noche
marcábase ya en los astros,
y al rezo de los maitines
las campanas entre tanto
convocaban á los fieles
en lúgubre son pausado.
Una brillante aureola
se presenta en el espacio,
que ilumina la ciudad
y esclarece todo el ámbito.
Misteriosa precesion
que entonaba dulde cántico
salió de la Catedral
con majestuoso paso.
Siete cruces parroquiales
iban delante, marchando
una de otra en pos, llevadas
por hombres con trajes blancos.
Tras de las cruces seguian
hasta veinte tonsurados,
vestidos de albo ropaje
y rezando en tono bajo.
De belleza nunca vista
una Señora con manto,
mas que todos elevada,
llevaba un Niño en los brazos;
sus rostros, sus vestiduras
como de la nieve el ampo,
despedian mas fulgores
que el sol en un dia claro.

Á un lado de esta Señora
(vestido tambien de blanco)
con diadema un Religioso
la servia de diácono;
llevava estola, manípulo
y un libro abierto en las manos.
Á otro lado una muger
en ademan recatado,
vestida de humildes tocas
tambien iba acompañando.
Seguian dando realce
á tan lucido espectáculo
unas trescientas personas
con traje y aspecto cándido.
Cerraban la comitiva
produciendo ruido estraño
con sus espadas y lanzas
hasta cien hombres armados,
y no se llevaban luces
en tan solemne aparto.
Esta procesion la vieron
muchos vecinos del barrio,
que por fortuna no habian
entregádose al descanso.
Y á tan sublime cortejo
gozosos acompañaron,
con la fé respetuosa
que inspira todo milagro.
Penetraron en la Iglesia
de San Alfonso, y en alto,
16

detras del altar mayor
estaba ya preparado
otro magnífico altar,
de rojos y blancos paños
cubierto, tan esplendentes
que ofendian al mirarlos.
Sentóse aquella Señora
y todo el cortejo santo:
y allí con voz delicada,
con fervoroso entusiasmo,
se cantaron los Maitines
por celestes ciudadanos.
Y cuando el rezo solemne
hubieron de terminarlo,
postrándose de rodillas
los cien guerreros armados,
desparecció de la vista
aquel bellísimo cuadro,
y mil voces melodiosas
este cántico entonaron:
«Vírgen santa, que á nos descendiste
hoy en álas del mas puro amor
desde el sólio eternal donde reinas
como Madre bendita de Dios,
á tu amparo se acoge este pueblo
que á tus plantas sirvió de escabel;
mira siempre con ojos de madre
á la noble Ciudad de Jaen.»

—

Tres dias pasado habian
de aqueste suceso raro,
cuando convocados fueron
al tribunal eclesiástico
los testigos oculares
que presenciaron el acto,
dos notarios de la curia,
y ademas cuatro escribanos
y un clérigo, presididos
del provisor Villalpando.
Depusieron los testigos
sin contradiccion el caso,
y todos le califican
de portentoso milagro.
Sacáronse testimonios,
y se dió por bien probado,
que aquella hermosa Señora
con un niño entre sus brazos,
era la Vírgen María
y su Hijo Sacrosanto.
Aquel varon con diadema
que la sirvió de diácono
parecia San Alfonso,
por ser muy asemejado
al que en la imperial Ciudad
venera el pueblo cristiano;
y en fin, que aquellas personas
que la iban acompañando,
serian vírgenes santas
y confesores preclaros.

De su devocion el pueblo
hizo alarde estraordinario;
y en el sitio dó se viera
de gloria tan bello rasgo,
edificó una Capilla
el Obispo Don Gonzalo;
y puso en ella una imágen
de María, que un retablo
ocupaba de la Iglesia
hacia bastantes años.
Despues mejor decorada
por el Obispo Don Sancho
es Capilla tan insigne
de la Ciudad noble ornato.
La Reina que mora en ella
el pueblo la quiere tanto,
que en sus pesares la invoca
y es de sus lágrimas paño.
Y fiel á sus tradiciones
su descenso celebrando,
María de la Capilla
desde entonces la ha llamado.

Antonio Bedmar.

Los doce Leones de Ubeda.

—

ROMANCE XIV.

I.

Volaba de triunfo en triunfo
Alonso rey de Castilla,
onceno ya de su nombre,
primero en glorias cumplidas.
Y el estandarte famoso
que alzó Pelayo en la cima
de Covadonga enarbola,
y al moro aumenta sus cuitas.
Ya no se vive con calma
en las vegas granadinas.
Ni el céfiro las orea
ni ya las besa la brisa:
ya no encuentra el caminante
cien lechos de florecillas,
todo es mustio, todo triste,
y mas triste cada dia,
que los moros sus jardines,
y sus praderas olvidan,

y solo fieros temores
sus pobres pechos agitan,
que ya la tierra presiente
que va á ser grande su dicha,
y guarda sus producciones
para ofrecerlas mas finas
cuando la cruz del Dios Hombre
en ella se adore y viva.
El rey moro triste llora
perdidos campos y villas,
ciudades que son la gala
y encanto de Andalucia,
y por su misma Granada
muy hondamente suspira:
el rey Don Alonso avanza,
y vence, y gana y conquista.
y Dios le mueve su brazo,
y el Santo Apóstol le guia,
y de los cielos la Reina
su pecho esfuerza y anima.
Así en pos de la victoria
llegó Alonso hasta Algecira:
y desplegó sus banderas
allí del moro á la vista.
Ya lloran dentro los muros
sin consuelo las moriscas.
porque han de perder sus casas,
y lo que es mas sus mezquitas;
y allá en el campo cristiano
crece en cambio la alegria.

porque la cruz va á clavarse
sobre las torres erguidas,
y se inmolara en los templos
el cordero sin mancilla.
Llora ¡ó moro! que así pagas
tu gran pecado, así espias
la culpa que cometieras
robando al Godo su dicha
juntamente con el suelo
que fué su patria y delicias.
Pues la estirpe de Pelayo
llena de fé y valentía,
castigará tus insultos.
para que tengan vindicta
los hijos de Recaredo
en los hijos de Favila.

II.

Allí la parte del Reino
mejor y la mas florida
de todos los ricos-homes
y gente de gran valia,
ganosos de las hazañas
que su memoria eternizan,
dejaba ver sus banderas.

que al soplo del viento agitan
pintada en varios colores
la enseña de nuestra vida.
Al campo el Rey de Navarra
ansioso de honra corria;
el Conde de Fox se acerca,
porque es la guerra bendita;
y á los Arbid y Soluzber
el Rey de Inglaterra envia;
que á todos importa poco
por Dios arriesgar sus vidas,
y crece su avilenteza,
y esfuerzase su osadia.

III.

Doblados pechos y gente
para ayudar la conquista
vinieron de los concejos
de toda la Andalucía;
y entre ellos de Ubeda vino
Gonzalo Hernandez Molina,
con diego Lopez de Abalos
amen de Diego Megia,
y otros nueve caballeros
que llevan su historia escrita

como en sus ferreos escudos
así en sus secas heridas.
Ni en aguerrido talante
á nadie ventaja envidian
estos doce compañeros,
ni menos en hidalguia:
ardiendo en sus nobles pechos
la fé cristiana divina,
por esta su fé combaten,
por ella daran su vida.

IV.

Diversas escaramuzas
trabáronse cada dia
con fin y suceso vario
para la gente morisca;
cuando á sus once paisanos
les dijo Diego Megia:
indigno es de valerosos
tener paciencia á la vista
del moro torpe y cobarde,
sin que el acero se esgrima
y de una vez acabemos.
—Verdad. —Dijo el de Molina,
Dios moverá nuestro brazo.

que Dios, al que se le fia
jamás sin auxilio deja:
—Pues ¡sus! y Dios nos bendiga!
Y así diciendo y haciendo,
los bravos potros ensillan,
y enmedio de las tinieblas,
que bien cortarse podian,
entre gozosos y cautos
se parten hácia la villa.

V.

Estaban los principales
que entre los moros habia
tratando si conviniese
hacer nocturna salida
al campo de los cristianos,
y asi en el pueblo se estinga
el miedo que ya reinaba
de ver la Ciudad rendida.
Por esto sus capitanes
por muestra de valentia,
salir á esplorar quisieron,
asi esponiendo sus vidas.
Y enmedio de las tinieblas,
viendo que alguien se aproxima,

gritaron ¡Alá y Granada!
y contestaron ¡Castilla!
Jesus, Dios de los cristianos,
y por Alfonso Algecira.

VI.

Ni el leon y el tígre furiosos
tan ciegos se precipitan
á combatir, ni el torrente
tal se despeña y envia
de sus corrientes la espuma
que hasta los cielos salpica:
ni el huracan se levanta,
y troncha y desgaja y pisa
cuanto á su marcha violenta
con necio esfuerzo resista,
como es fama que los doce
cristianos, soltando bridas
lanza en ristre hacia los moros
bebiendo el aire corrian.
No menos de doce eran
los moros, gente aguerrida.
y se trabó en las tinieblas
la mas espantosa riña:
terribles golpes asestan.

y quiebran astas fortísimas:
y vienen á las espadas,
y ya crugen, y ya silvan,
y ya en los pechos se hunden
abriendo enormes heridas.
Los ayes de los que caen;
y que maldiciendo espiran,
los gritos de los que hunden
el rudo acero en su víctima,
formaron triste concierto
que el corazon suspendia
porque en tan raro suceso
no el término se adivina.
Al fin cesaron los golpes,
y los ayes se estinguian,
y al dar sus luces la luna
por entre inmensa cortina
de nubes, lago de sangre,
y armas rotas se divisan,
y muertos sobre la arena
diversos de la morisma.

VII.

En tanto llegó la aurora
vertiendo graciosas tintas

y refrescando las flores
con las perlas que destila,
y cuando la Filomela
saluda de nuevo al dia
con amorosas endechas
y tristes quejas sentidas;
y cuando las otras aves
sus lenguas mueven festivas,
y visten su encanto y galas
de nuevo las florecillas,
doce ginetes cristiauos
paran, bajan y se inclinan,
y humildes la tierra besan
y á Dios bendicen y admiran,
porque es Dios de las victorias,
y á todo *el que se le fia*
jamas sin auxilio deja
su mano fuerte y benigna.
Y entre el murmullo del céfiro.
y el son de las avecillas,
y pláticas de victoria,
y fiestas de su alegria,
llegaron al campamento
llevando en noble divisa
despojos de sus combates
al par que sangre y heridas.

VIII.

El Rey Don Alfonso, en viendo
tanto valor y osadía,
cargar la Ciudad ordena,
y ya la gente aturdida
de los moros, sin caudillos,
desconcertada y perdida,
sin esperanza se entrega,
y aquella perla, Algecira,
la flor del Rey de Granada
recibe al Rey de Castilla.

IX.

Por esto, para memoria
de hazaña tan aplaudida,
dieron á Ubeda los reyes
que lleve por noble insignia
doce leones, que recuerdan
los doce que por la dicha
de su patria, y por la honra
de su Religion divina,
asi audaces combatieron

desestimando sus vidas.
Y el que es Principe en el cielo
porque las almas reciba,
Miguel glorioso, demuestra,
sostiene el blason y fija,
para que sepa el que mire
que son de Dios las conquistas,
que á Dios se deben las glorias,
y las victorias se estiman
segun la fé del que vence
por ciega, acendrada y viva.

Maximiano F. del Rincon y Soto, Presb.

Justicia del Rey Don Pedro.

ROMANCE XV.

I.

En el interior estrecho
de un meson, dos toscas sillas
ocupan dos embozados
junto á una mesa de encina.
El uno la mano apoya
pensativo en la megilla:
el otro observa y el puño
de su tizona acaricia.
Ni una palabra sus labios
pronuncia, ni una sonrisa
la espresion cambia un instante
de sus miradas sombrías.
Este silencio profundo
llegó á interrumpir solícita
entrando á brindar la cena
la dueña de la hostería.

—Traela, dijo un embozado,
traela al punto; pero cuida
de que el vino mas añejo
de Ubeda en ella sirvan.
—Lo traeré de la Forzada
que es el mejor de estas viñas,
dijo la hostalera.—
—Bueno;
pero dí, ¿qué significa?
ese mote?—
—¿Lo ignorais?
¿Sois forastero?—
—A fé mia,
si; forastero en mi casa.
—Un señor que es de justicia
media en el asunto y tengo
mucho miedo á los espias.....
—Cuenta el lance.
—Si el secreto
me prometeis.....
—Si, principia.
—La forzada es una moza
muy bella aunque no muy rica,
por su hermosura de todos
en la ciudad conocida.
Mas desde el triste suceso
apenas va ni aun á misa:
siempre cubierto el semblante.
siempre la color perdida,
todos al verla murmuran

ahi vá la inocente victima
de Don Ruy.
—¿De qué Don Ruy?
—Don Ruy Lope de Padilla,
que á la ciudad en un puño
tiene con sus tropelías.
—¿Pero y la ley? —Si el Alcaide
á la ciudad tiraniza
que acuda al Rey.—
—¿A cual Rey?
—¿Acaso hay dos en Castilla?
—Dicen que sí.—
—Dicen mal:
uno y de raza legítima.
—Bien, Señor, pero Don Lope
á cual sirve no lo esplica
y á unos habla de Don Pedro,
mientras al bastardo ausilia.....
—¿Y la Ciudad?....
—La Ciudad.....
obedece y no replica.
—Hace bien. Sirve la cena;
pero vuelve tu á servirla
y á seguir de la forzada
la aventura peregrina.
Salió la hostelera y luego
con rabia mal comprimida
dijo un hidalgo. ¿Escuchaste,
Pero Gil? La rebeldía
en Ubeda se propaga

como en la Ciudad vecina,
y es rebelde todo el reino
llave de la Andalucía.
—Aun queda, Señor, mi Torre,
mi espada, y mis aguerridas
lanzas y vuestro valor
que á nadie cede en la lidia.
—Sí será: mas los traidores,
Pero Gil, se multiplican
y brotan por todas partes
como la mala semilla.
Don Ruy Lope..... ¿Qué otra cosa
de él esperarse podria,
si tan solo beneficios
le he dispensado en mi vida?
Trae tus lanzas al momento,
y á mi escasa escolta avisa;
que Ubeda sabrá mañana
quien es el Rey de Castilla.

II.

Á la mañana siguiente
reunido estaba el Concejo
de la Ciudad, para oir
órdenes que un mensagero

trajo del Rey. En la plaza
formando un muro de hierro
las lanzas de Pero Gil
estaban, y los arqueros
guardaban las avenidas
teniendo á distancia al pueblo.
Por el lado del Real
montando un tordo soberbio,
armado de todas armas
y con el rostro cubierto
por la celada, un ginete,
seguido de un escudero,
aparece y se dirige
á la casa del Concejo.
Don Ruy Lope de Padilla
como Presidente, luego
desciende la ancha escalera
precedido de maceros,
sale á la puerta, el estribo
sostiene con gran respeto
y el ginete descabalga
entre un solemne silencio.
Llegado al salon ocupa
el presidencial asiento.
—De órden del Rey, nuestro amo,
dijo presentando un pliego
á Don Lope que le abrió
la firma besando y sello.
—Á mi Concejo de Ubeda
dijo Don Lope leyendo.

«Un mensagero os envio,
»que sostendrá en campo abierto.
»el honor de una doncella
»que ultrajó un mal caballero.
»Justicia de su demanda
»haced, bajo juramento,
»dad la sentencia y cumplidla.»
—El Rey: de Castilla el sello.
—¿Jurais hacer la justicia?
—Sí, juramos, respondieron
á una voz los concejales.
—Don Ruy, tomad este asiento;
y el presidente ocupó
el que dejó el encubierto.
Este, entonces, del estrado
se puso de pié en el centro
y dijo con voz sonora.
—Oigame en calma el Concejo.
—En esta Ciudad vivia
una jóven, que portento
de hermosura y gentileza
era y de virtud modelo.
De la doncella prendose
poderoso un caballero
que do quier la perseguia
con amenazas y ruegos.
La doncella que su suerte
á un bizarro mesnadero,
unir ante Dios debia
al noble oyó con despego.

Este en su soberbia herido
y en sus impuros deseos
hizo presa del amante,
y en un calabozo estrecho
le sumió: llamó á su casa
de su pasion el objeto
y le dijo: «Cede, ó muere
aquel que adora tu pecho.»
La jóven que fué una roca
del hidalgo ante el empeño,
al oir tal amenaza
cayó desmayada al suelo.....
Su honra fué mancillada
y el noble, tal vez por miedo
del amante, le mató
del hambre entre los tormentos.
¿Qué pena merece el hombre
que debiendo dar ejemplo
de honor, comete esos crímenes?
Responded los del concejo.»
La muerte, con voz segura,
la muerte, todos dijeron,
y hasta el mismo Presidente
pronunció el fallo sangriento,
con el temblor en los labios,
con el pavor en el pecho.
Escribid esa sentencia
dejando del nombre el hueco
y firmad, que yo diré
despues el nombre del reo.

Cuando la hubieron firmado,
el guantelete de hierro
quitó el que hablaba y alzando
la celada: —Yo Don Pedro
Rey de Castilla, proclamo
infame, mal caballero,
asesino y forzador
de doncellas al protervo
Don Ruy Lope de Padilla.
Llenad con su nombre el hueco
de la sentencia y al punto
prestadle su cumplimiento.
Si alguno negar pretende
mis palabras, campo abierto
le daré y en liza franca
lanza á lanza y cuerpo á cuerpo,
la acusacion sostendré
como simple caballero.
Ninguno de los presentes
osó responder al reto
y Ruy Lope de Padilla
alzandose del asiento,
perdon demandando al Rey
puso la frente en el suelo.
Siempre es cobarde el delito.....
Álza traidor; pruebas tengo
de tratos con el bastardo
que contra mí tienes hechos.
Que se cumpla la sentencia
al punto, dijo Don Pedro.

y digan los que me llaman
Cruel, si soy justiciero.

III.

Salió el Rey: poco despues
la justicia estaba hecha,
y el cadáver de Don Lope
pendiente de las almenas.
La forzada por mandato
del Rey adquirió la hacienda
del forzador, desposado
antes de morir, con ella.
Don Pedro cerró su casco,
clavó á su bridon la espuela
y de la ciudad partiose
sin que á pisarla volviera.
Que á poco por Don Enrique
se declaró la nobleza,
y echando de rebeldia
sobre si la mancha fea
obtuvo dones, mercedes,
privilegios y encomiendas
mientras que el pueblo sugeto,
por las mas duras cadenas,
de Don Pedro de Castilla
lloró en silencio la asuencia.

Mariano J. Camps.

Isabel Dávalos.

—

ROMANCE XVI.

Tienen sus ecos las horas;
Tienen una voz las tumbas,
que se levanta flotando
del pasado entre las brumas.
En vano la segur blande
el viejo de faz adusta
y envuelve en los rudos pliegues
de sus negras vestiduras,
Ese canto misterioso
de sencilla y dulce música,
que se eleva desde el suelo
de la gloria á las alturas.
Sus honrosas tradiciones
que nuevas gentes ilustran,
como brillante tesoro
de inapreciable hermosura
Trasmite un pueblo á otro pueblo
escritas con mano ruda,
en la espalda de los siglos

del pátrio amor con la pluma
Y un ángel junta los ecos
de esta deliciosa música,
y Dios los graba en el libro
de las virtudes augustas;
Que la virtud es de Dios
y la virtud sola es una.
¡Ojalá mi pobre lábio
bebiera esa linfa pura,
Para cantar la nobleza
de una heroina que ilustra
este bendecido suelo
donde se meció mi cuna!
Mas no temas que mi voz
amengüe tus glorias justas,
que aunque rueden sobre el mundo
miles y miles centúrias,
siempre será Isabel Dávalos
uno de tus timbres. Úbeda.

—

Terso, apacible, brillante,
corre una fértil llanura
como serpiente de plata
cuyas escamas relumbran
Reverberando del sol
la transparente blancura.

el Guadalquivir risueño
en cuya márgen fecunda,
Se levanta mal velada
entre un sudario de brumas,
Sevilla, sultana hermosa
cuyos encantos auguran
Que ha nacido del amor
del Bétis y sus espumas.
Estrechanla en fuerte abrazo
murallas recias, seguras,
Sobre las cuales se elevan
de altas torres las agujas,
que infiltrándose en el aire
allá en las nubes se ocultan.
Y enmedio de ellas luciendo
su elegante arquitectura,
magestuosa levántase
del régio alcazar la cúpula
Cuyos calados encages
el sol ávido circunda,
como ansiando penetrar
en sus bóvedas ocultas
Á beber luz en los ojos
de las hembras andaluzas.
Da el palacio digno albergue
á la magestad augusta
De Don Pedro de Castilla
que el cetro real empuña.
Tiene el semblante agitado
y su cabellera rubia,

Se desprende en broncos rizos
sobre su espalda robusta;
y en sus ojos chispeantes
que cual centellas fulguran,
Claramente se demuestra
que por sus venas circula
de sus años juveniles
la ferviente levadura.
Entrambas manos esconde
bajo de la régia púrpura
estrechando de una daga
la esmaltada empuñadura:
Mensangera de la muente
que le sigue si relumbra.
«Conque mis nobles vasallos
(dice el Rey con voz sañuda
Mal reprimido el corage
que á su rostro se acumula.
á Hinestrosa su privado
que atentamente le escucha.)
«Mientras á estraños paises
»me arrojan siniestras luchas
»de mi aborrecido hermano
»se declaran en ayuda.
»Conque entregan los castillos
»donde mi bandera ondula
»y á mi noble Ciudad Córdoba
»bajo su cetro subyugan.
»Harto menguada es su estrella
»pues no han de pasar dos lunas.

»sin que arranque de sus hombros
»sus cabezas una á una.»
»Pensad bien, dijo el privado
»con respetuosa mesura,
»que provocan mas que á enojo,
»á desprecio sus injurias;
»Sus tercios yacen tendidos
»de Nájera en las llanuras;
»que no valen contra el fuerte
»ni la traicion ni la astucia.
»Recordad tambien que estan
»entre esa atrevida turba,
»Don Juan Ponce de Leon
»el que á Marchena sojuzga,
»Y Don Alfonso Guzman
»de alta prez y noble alcurnia,
»que heredaron de sus padres
»con los timbres de su cuna,
»Esas invictas espadas
»que cuelgan de sus cinturas.
»jadeantes de arrancar
»sangre á las huestes morunas.»
Como el rayo que las peñas
hiende con potente furia,
y como el tigre furioso
acosado en su espelunca,
Ási Don Pedro al oir
del privado las escusas,
tal fuego abrasa su lengua
que ni una voz articula.

«Sabed, murmuró rugiendo
con indomable locura;
»que si no los presentais
»antes que otra aurora luzca.
Sin piedad he de arrancaros
vuestra vida con las suyas.»
Dijo; y en la noble estancia
que una débil luz alumbra,
Quedó atónito Hinostrosa
ante cuyos ojos cruzan,
como sangrientos fantasmas
del Rey las palabras últimas.

—

En el lugar que ocupaba
amplia y estensa laguna,
se levanta hoy en Sevilla
una alameda copuda,
Cuyos ángulos ostentan
cuatro macizas columnas,
dó se lee en cifras de piedra
el osado *non plus ultra*
Que no soñó de un Colon
la gigantesca figura.
¿A quién espera apiñada
la muchedumbre confusa
Que del inmenso lugar

la vasta estension ocupa?
¿Y qué hace allí aquella hoguera
que agitándose convulsa
Víctimas á su furor
con ojos de fuego busca?
Silencio.... allá se perciben
ecos de lejanas turbas
Que se acercan difundiendo
desolacion y pavura.
Son ellos.... son los cachorros
de la hiena que se inunda
De placer, cuando se baña
en lagos de sangre turbia:
los ballesteros del Rey
que abriéndose paso cruzan,
Aquel mar cuyo oleaje
en densas masas se agrupa;
llevan personas atadas...
Dos... seis... veinte... y de ninguna
Ante el suplicio inminente
tiembla la planta segura;
que cuando está limpia el alma
el valor no falta nunca.
Vá allí Ponce de Leon
y detrás, ¡pobre criatura!
una anciana cuya frente
huellan sagradas arrugas.
Es doña Urraca de Osorio,
madre por su desventura,
de don Alfonso Guzman

que en precipitada fuga

Salió aquella misma noche
de Sevilla dó le buscan,
para lavar con su sangre
el delito que le imputan.

¿Y morirá ella inocente
por pagar agena culpa?

. . . .

. . . .

Silenciosa, triste, inerte,
presa de mortal angustia,
vá al lado de doña Urraca
que la mira con dulzura,

Una doncella que admira
por su cabellera rubia
y por las copiosas lágrimas
que á sus párpados se agrupan.

No han besado veinte abriles
sus frescos lábios de púrpura,
y ya cautiva los ánimos
por su gallarda apostura.

Marcha el fúnebre cortejo
entre aquella inmensa turba;
ya se divisa la hoguera...
andan... llegan... paran... dudan...

Alzan los ojos al cielo
dirijiéndole una súplica...
Adios... dicen; y la anciana
se despide con ternura

De la doncella que al pié

de la hoguera yace muda.
Los implacables verdugos
hácia el fuego los empujan:
   Pronto en sus ropas las llamas
ceban su lengua sañuda;
¿y profanará el pudor
del pueblo la vista impura?
   Mil ideas de la doncella
hácia la mente se agrupan;
no piensa, no se detiene,
arrójase al fuego súbita,
   Y cubriendo con su cuerpo
el de su ama ya desnuda,
de la vergüenza la libra
y abrazadas mueren juntas.
. . . .
   En tanto la noche avanza;
espesas sombras se ofuscan.
el sol en el mar se esconde
que no quiere si fulgura,
ser cómplice con su luz
de un crímen que al cielo insulta.

—

   Úbeda, ciudad dormida
sobre esa loma; segura
de moriscas algaradas

y de invasiones nocturnas;
No tienes ya adarves, fosos
ni altas murallas te escudan;
pero ostentas en el libro
de tus grandezas augustas,
El nombre de una heroina
que tus anales ilustra;
digna de que se recuerde
en las edades futuras,
Y de que liras la canten
y de que en oro se esculpa.
¡Ojalá para admirarla
me diera el génio su ayuda!
Mas no temas que mi voz
amengüe tus glorias justas;
que aunque rueden sobre el mundo
miles y miles centúrias,
Siempre será Isabel Dávalos
uno de tus timbres, Úbeda.

FEDERICO DE PALMA Y CAMACHO.

De como el Condestable Miguel Lúcas reparó los estragos y turbulencias causadas por Don Pedro Giron y sus parciales, en los campos y molinos de Jaen, en Julio de 1465.

—

ROMANCE XVII.

Junto á la márgen del rio
que Guadalbullon se llama
y de Jaen la ribera
fertiliza con sus aguas,
al pié de vasta colina
y á la vista de la Guardia
que llega del manso rio
á tocar las ondas claras:
el año mil cuatrocientos
sesenta y cinco de gracia.
cuando sañuda la guerra
ardia en toda la España:
cuando las árabes turbas
nuestros pueblos asolaban;
cuando la altiva nobleza

por el fuero de sus lanzas
y el derecho de conquista
la propiedad usurpaba;
y cuando el clero, y el Rey,
los plebeyos y las damas,
los jóvenes, los ancianos
de guerra tan solo hablaban;
y guerra Castilla hacia
á los moros de Granada,
y en guerra con los franceses
y con los vascos estaba;
y en guerra pueblo con pueblo
y mesnada con mesnada,
sin que nobles y plebeyos
un dia de paz gozaran;
en este pais de flores
que de Dios la mano santa
hizo feráz y risueño;
cuna de nobles hazañas;
que de la lealtad espejo
fué para Reyes y Pátria;
aquí, donde Valenzuelas,
y Zúñigas, y Quesadas,
con los Torres, los Mendozas,
los Aguilares, y Escabias,
los Diaz-Sanchez y mil otros,
cuyas proezas sin mancha
fueron clarísimo espejo
de nobleza castellana.
Aquí la baja traicion

pretendió sentar la planta
al cebo de las grandezas
que entonces Jaen guardaba.
Y fué tanta la osadia
de aquellos traidores, tanta,
que al frente de nuestros muros
les trajo ciegos su audacia.
El sol ardiente de Julio
por el Oriente asomaba
iluminando las crestas
de Jabalcúz y la Llana.
Cuando hizo seña el vigía
desde la torre mas alta
que por la parte del rio
venian gentes de armas,
y vióse de los ginetes
el relumbrar de las lanzas,
y de arqueros y peones
estensas y negras manchas
Un apuesto caballero
de antigua y de ilustre casa.
de turbulento carácter
tal vez por su edad temprana,
aficionado á las justas,
y á juegos, toros y cañas;
locamente namorado
de doña Isabel la infanta:
sobre un jerezano overo
armado de todas armas,
aquella gente acaudilla

de la colina en la falda.
La faz con el yelmo oculta
tras de la espesa celada
y brilla sobre su almete
el génio de las batallas.
Aguarda con impaciencia
el sonar de las campanas
que de Jaen en las torres
le den la señal que aguarda.
Fácilmente se conoce
de su escudo por las armas
en que brillan los blasones
de su ascendencia preclara,
que es don Pedro de Giron,
jóven de pujante lanza
á quien su gente apellida
la *flor* de la cabalgada.
Viste finísima cota
de férrea luciente malla.
y calza espuela de oro,
llevando al arnés, la adarga.
Cortante y larga tizona
en su costado descansa
y lleva en la diestra mano
la pesadísima lanza,
digna prenda de su dueño
por lo fuerte y alhajada,
pues de marfil, concha y oro
el asta tiene esmaltada.
Con él otros caballeros

allí la señal aguardan,
la vista de todos, fija
de Jaen en las murallas.
Eran tiempos de revueltas,
de guerra incesante y larga
que en vano el Rey Don Enrique
por aquietar se afanaba.
La emulacion y los ódios,
la deslealtad, la privanza,
las intrigas amorosas
y la ambicion, desolaban
mas que los rudos combates
con la morisma avanzada
el fértil, ancho y hermoso
suelo de la madre pátria.
Era don Pedro Giron
Maestre de Calatrava:
del príncipe don Alfonso
tan dueño con su privanza,
que los nobles y plebeyos,
rodilla en el suelo hincada
en Úbeda y en Baeza
como lo hicieran en Avila
la mano á Giron besaron
como mano Soberana.
Era jóven y orgulloso,
y ufano con su privanza,
casarse fueron sus sueños
con Doña Isabel la Infanta;
y dándose á los azares

de la constante campaña
contra las greyes morunas
estrago de nuestra patria,
hizóse tanta valía
entre las gentes de armas,
que con razon, sus parciales,
valiente le apellidaban.
Mas no quiso la fortuna
ponerle sobre sus álas
llevándole á las alturas
en que constante soñaba.
Fió su ambicion, entonces
á la traicion y á la audacia,
como si el honor pudiera
lograrse con malas trazas.
Por eso á Jaen se vino
alegando la esperaza
de que esta Ciudad echase
en su lealtad una mancha.
Entre tanto Miguel Lúcas
condestable del Monarca,
con su valor y prudencia
los rebeldes tiene á raya,
sin que Giron y los suyos
que la ocasion esperaban
con mas de dos mil caballos
y cinco mil de otras armas,
lograsen de la Ciudad
atravesar las murallas:
y por eso, junto al rio

en esta ocasion aguardan.
Para lograr sus deseos,
para sembrar el alarma
entre gentes y soldados
de dentro de la muralla,
manda Don Pedro Giron
que sus gentes desbandadas
por las huertas y sembrados
en mil grupos se repartan,
y talen, yendan y quemen
cuanto tropiece su planta.
Incendiánse los molinos,
mientras los caballos pastan
en medio de los sembrados,
y los árboles se talan.
Pero el leal Miguel Lúcas
que los estragos miraba,
temiendo que los de dentro
á los de fuera imitaran,
con veinte y cinco criados
que á su servicio guardaba
salió á la calle, y al pueblo
con estas razones habla.
«Ya lo vedes, castellanos
»en guisa de mala traza
»esos que siempre tenudos
»fueron del Rey en la gracia,
»agora con sus amaños
»villanos os amenazan
»y por la ley de su antojo,

»Rey á Don Alonso aclaman,
»sin ver que amenguan la honra
»que ovieron otras vegadas.
»Non los miredes al rostro,
»sino al asir las espadas.
»Ese Don Pedro Giron
»baldon de su noble raza
»que ansi trunca su grandeza
»faciendo tales fazañas
»que con los suyos á saco
»contra la Cibdad se alza,
»non es noble, que es tirano
»como nuestro Rey lo llama.
»¡Guai de aquel que lo proteja!
»¡Guai del que siga su alarma
»que su cabeza en el muro
«pondré sobre una alabarda!
»Y non habedes cuidado
»que quemen las cortijadas,
»que sobran mantenimientos
»para los buenos de casa.»
Esto dijo el Condestable,
y dióse tan buena traza,
que haciendo muchos molinos
de cubo, que con el agua
que nace en la Magdalena
para el intento sobraba,
y recogiendo los trigos
de la Iglesia y las Mesnadas,
y hasta los del Rey, y todos

cuantos la ciudad guardaba.
abasteció cuidadoso
al pueblo y gentes de armas
frustrando de tal manera
de Giron las asechanzas.
En tanto, Valparaiso
entre sus hondas cañadas,
oculta de los rebeldes
hombres, caballos y armas;
que en vano el momento espera
de la señal deseada
la rebelion anunciando
al tañer de las campanas.

. . . .

Pasaron horas y dias,
pasaron muchas semanas,
pasaron al fin dos meses
sin que su intento lograran,
que la ciudad siempre muda
del cerco á las asechanzas,
no su adhesion, su desprecio,
hiciera hablar las campanas.
Cansandos ya los rebeldes
por la campiña se lanzan.
y llevan el esterminio
á donde posan la planta,
y errantes y fugitivos,
del deshonor en las aras
quemando incienso de ira,
con el rencor en las almas.

heridos en la conciencia,
con la vergüenza en la cara,
huyeron como traidores
á tierras de aquí lejanas,
por la lealtad perseguidos
de las huestes castellanas,
que desde siglos remotos,
desde la edad mas temprana
la *lealtad* y la *nobleza*
Jaen, tienen por morada.

MAXIMO CABALLERO.

Conquista de Alcalá la Real.

ROMANCE XVIII.

Entre montes escarpados
que erguida frente levantan,
y en antiguas tradiciones
ningun otro los iguala,
pues siempre vieron sus cúspides
de guerreros coronadas,
siendo sus pálidas crestas
testigos de cien batallas,
que contemplaron sus rocas
de la sangre infiel manchadas,
y las triunfantes banderas
en su altura tremoladas,
honorificas memorias
dieron á aquella comarca
por los heróicos esfuerzos
en las épocas pasadas
de los cristianos guerreros
contra la morisca raza;

de la *Mota* y de las *Cruces*
nombres que guardó la fama.

—

Á su pié se eleva altiva
la Ciudad privilejiada
con su ruinoso castillo
sobre la fértil cañada,
do crecen frescas violetas
madreselvas y espadañas
y libre el pardo gilguero
anida en la verde rama
escitando con su trino
grata emocion en el alma.
En este valle se encuentra
la poblacion situada
que Alcala-at de Benzaide
el Sarraceno llamaba.
Hoy es Alcalá la Real
noble Ciudad proclamada
que rucuerda los laureles
que á sus patricios ornáran,
pues Don Alonso el undécimo
célebre por sus hazañas
dióle este nombre glorioso
su conquista terminada.

—

El claro Guadalcoton
que mansamente la baña
vá vertiendo sus tesoros
en su aromática falda
y bordando sus orillas
de zafiros y esmeraldas,
donde se ostentan fulgentes
las perlas que mece el aura
en la corriente sonora
de su márgen plateada;
en sonidos misteriosos
se oyen murmurar las aguas
los heróicos sacrificios
y los nobles hechos de armas,
que en los fastos de la historia
la célebre fama estampa;
de los árboles la sombra
ocultaron la emboscada
de los nobles adalides
que denodádos se lanzan,
contra dobles enemigos
anhelosos de venganza
que en ardides de perfidia
siempre obtuvieron ventaja.
Estrechan, hieren, acosan,
y ni los botes de lanza,
ni luchas de cuerpo á cuerpo,
ni los tajos de la espada
hay musulman que resista,
y la victoria se alcanza

viendose la media luna
por la Santa Cruz hollada.

—

En horas de angustia llenas
el triunfo se disputaba,
hasta que un hecho decide
la conquista deseada.
Hacia el general morisco
bravo el capitan Aranda
parte veloz y animoso,
se arroja con noble audacia
de Dios el nombre le guia
y la gloria de su patria
á donde existe el peligro
y la sangre se derrama,
dándole luz el acero
que con las chispas levanta
de mano del gefe Atleta
la brillante enseña arranca
perdiendo el moro la vida
con la insignia venerada.

—

Y hoy este antiguo estandarte
como troféo le guarda
en su ilustre consistorio
la noble Ciudad citada.
Y una llave entre castillos
y leones son las armas
que su escudo inmortalizan
y engrandecen, pues se llama,
la muy noble, muy leal
fiel, heróica, llave y guarda
y firme defendimiento
de Castilla y toda España.

Capilla Romero de Martí.

Toma de Cambil y Alhabar.

—

ROMANCE XIX.

I.

Tiene el moro unos castillos
Cambil y Alhabar llamados,
fortalezas circuidas
de inaccesibles peñascos.
Por la parte de Jaen
fronterizos sin descanso
su Alcaide Mohamed Sentin
mortifica á los cristianos.
No pueden los labradores
salir á labrar sus campos,
ni recoger sus cosechas,
ni cuidar de sus rebaños.
Pero pronto el sufrimiento
se agota de nuestros bravos,
y el grito lanzan de guerra
contra el soberbio africano.
Que si el perdonar injurias
es de pechos esforzados,

no lo es menos el buscar
de su injuria el desagravio.
Por eso acuden los reyes
de sus pueblos al amparo,
y el cerco de los castillos
disponen en breve plazo;
Haciéndose los aprestos
para el dia señalado,
en la muy noble ciudad
que conquistó San Fernando.
¡Tiembla Mahomed! contra tí
ruge el Leon castellano,
llevando con su rugido
á los tuyos el espanto.

II.

Contra Cambil y Alhabar
el egército se apresta
al mando de Bobadilla
por órden de sus altezas.
De la ciudad de Jaen
acuden á sus banderas
muchos bravos campeones
ganosos de fama eterna.
Se alistan de caballeros

á contar ciento y cincuenta
de los de gracia y contia,
y avezados á la guerra.
De peones, hasta dos mil
que bravamente pelean,
los unos con la espingarda,
los otros con la ballesta.
Y los mas con buenas lanzas
que diestramente manejan,
pues desde niños á usarlas
acostumbrados se encuentran.
¡Alá te valga, agareno!
De tu castillo en las peñas
ocúltate, porque llama
el Leon de España á tus puertas.

III.

Entraron en la ciudad
los reyes, el mismo dia
que amanecieron cercadas
las fortalezas moriscas.
Todo es contento en Jaen,
todo entusiasmo respira,
y al viento se dan los nombres
de Aragon y de Castilla.

El pueblo en calles y plazas
se agrupa y arremolina
embarazando la marcha
de la régia comitiva.
¡Generosa recompensa!
¡satisfaccion noble y digna
de reyes, en quien sus pueblos
á sus salvadores miran!
Que es Fernando un Rey soldado
que como soldado lidia,
buscando siempre su lanza
á las lanzas enemigas.
Y es Isabel una Reina
que de sus pueblos se cuida.
de sus nobles castellanos
desvelada por la dicha.
Por eso los aires pueblan
tantos entusiastas vivas,
y las desgracias pasadas
á su presencia se olvidan.

. . . .

Partióse el monarca al cerco
con Don Gonzalo Mesia,
y otros bravos hijos-dalgo
de aquella Ciudad invicta.
Pusiérōnse á su llegada
las piezas de artilleria
en un elevado risco
que á los castillos domina,
Y la Reina y su consejo

desde la Ciudad, se cuidan
de abastecer á las tropas
que las fortalezas sitian.

IV.

¿Qué pasa por tí Mohamed,
que encerrado en tu castillo,
como medrosa gacela
te ocultas al enemigo?
¿Porqué no como otras veces
sales al campo vecino,
contra inermes labradores
esgrimiendo tu cuchillo?
¿Porqué acorralada fiera
te guareces entre riscos,
cual si ellos pudieran darte
el valor que ya has perdido?
¿En dónde está tu pujanza?
¿dónde Mohamed está el brio,
de que hacias vano alarde
entre rudos campesinos?
¿Huyen tus gentes de guerra,
que ha poco dando alaridos
sembraban por la comarca
la muerte y el esterminio?
Solo porque al pié del muro
estan los bravos caudillos

de Isabel y de Fernando,
al asalto apercibidos.
Por eso fieros te acosan
rendicion pidiendo á gritos,
y dudas si ves en ellos
á vasallos, ó á enemigos.

. . . .

Cedió la constancia mora
al castellano heroismo,
y en doce dias de cerco
se rindieron los castillos.
En cuyas altas almenas
mece el viento de los siglos
los gloriosos estandartes
de los soldados de Cristo.

V.

Á prestar pleito-homenage
á la Católica Reina,
partióse Mohamed Sentin
ganadas las fortalezas;
Y dijo al mirar sus torres
quizá por la vez postrera.
Escrito estaba: son suyas,
así lo quiso el profeta.

EDUARDO PADIAL MARTOS.

La Catedral de Jaen.

—

ROMANCE XX.

Petersburgo ¿qué haces aquí?

Mad. Stäel.

—¿Qué haces aquí Cátedral
limite dando á esa plaza
donde te azota el furioso
huracan de la montaña
que batir quiere las torres
que te coronan gallardas?
Y el eco del viento dice
bajando por la cañada.....
Esa es la fé de seis siglos
que al espacio se levanta.....
Ese es un libro de piedra
que tiene escrito en sus pájinas
«á la fé que fué en mi ayuda
de Covadonga á Granada.»
—Dime tú pueblo de bravos,
dime tú nacion cristiana.....

Tu Dios vencedor del moro
merece tan ricas aras.....
Mas tu cimiento es mezquita
¿porqué es mezquita tu planta?
Y el eco dice en las torres
recruzando las ventanas....
Á muerte luchaba el árabe
por su fé y su tierra España,
y puse al verle cruzando
el estrecho hácia sus playas,
sobre sus templos mis templos,
sobre su frente mi lanza.
—Cuéntame templo tu historia
porque al mirarte me pasman
huellas de siete centurias
que el tiempo dejó en tu fábrica.
Y dice el eco en las bóvedas
que ricas labores tallan:
Tomó un Rey Santo á Jaen
y con su hueste bizarra
un Obispo Cordobés
con cruz venía y espada,
y ese Obispo á la Asuncion
de Maria me consagra
y fuí mora en los calados
pero en la ofrenda cristiana.
Recuerdo del siglo trece
que mi cimiento declara.
Viedma piadoso, el Obispo,
mis muros árabes alza

y de su siglo catorce
me dá la mejor alhaja:
el Santo Rostro de Cristo
que la Verónica estampa,
y Gregorio onceno dióle
para la Iglesia que alzaba,
y que admira á los pintores
y á los peregrinos pasma.
Luis de Osorio el buen Obispo
muros y altares me ensancha
dejando del siglo quince
ese recuerdo en mi alcazar.
Yo del siglo diez y seis
señales tengo á la espalda
que Alonso Suarez, gótica
quiso que fuera y calada.
Luego Pedro Valdelvira
soñóme un dia en su alma:
yo soy un sueño de roca
de las edades pasadas.....
—Eco de las santas cimbras
que con los Salmistas cantas
y del pueblo de Jaen
llevas á Dios la plegaria,
no enmudezcas, sigue, sigue
la historia contando rara,
y en los atrevidos arcos
el eco dice con pausa.....
Eufrasio Lopez de Rojas
torres empezó y fachada

y muerto él, Blas Delgado
esa maravilla acaba.....
Su fé el siglo diez y siete
en mi pórtico señala,
de Roldan el Sevillano
son las gigantes estátuas.
En el siglo diez y ocho
dióme en la derecha ála
el primoroso Sagrario
de ricas piedras bordadas,
el gran Ventura Rodriguez
para sello de su fama,
por él y mi Sacristia
de columnas agrupadas,
soy perla incrustada en medio
de dos bellas esmeraldas.—

—

—¡Qué hermosa eres Catedral!
¡qué sencillez, que elegancia!
tienen tu bóveda escelsa
y tus naves dilatadas.....
¡Qué esbeltez esos pilares
de medias columnas blancas!
¡que atrevimiento tus arcos
y tus adornos, que gracia!
¡qué valentia tu cúpula

audaz, magnífica, clara!
¡á tu sencilla grandeza
qué bien le sientan las galas!
Y dice el eco volando
por las gigantes arcadas,
si me vieras peregrino
cuando se entona el Hossana
ante el bello Presbiterio
de Serpentina y de Ágata.....
Cuando luce de Ruiz
á quien Juan Arfe enseñara
la de bíblicos relieves
rica Custodia de plata,
cuando el Prelado la Faz
del Salvador pura y santa
muestra al pueblo entre espirales
del quemado incienso cándidas....

—

En el siglo diez y nueve
(porque todos en su marcha
quieren dejarme un recuerdo)
vestí mis mejores galas
al fijarse que María
fué concebida sin mancha.

—

—Pues una memoria tienes
de cada siglo que pasa,
guarda en este, que á tus naves
llegó Isabel la magnánima,
y viva siempre en los huecos
de esas labores galanas.
Y el eco por los espacios
dijo tendiendo las álas.....
La fé cristiana es mi soplo
y será la fé de España
tan eterna como el sol
en la bóveda azulada.

Ciriaco S. de Cardona.

Cárlos tercero y Olavide.

—

ROMANCE XXI.

Enhiestas rocas, bravías,
altos, empinados cerros,
hondos valles, solitarios,
y matorrales espesos,
mansion tan solo habitada
por fieras y bandoleros;
tal era Sierra-Morena
el año mil setecientos
sesenta y siete, segun
auténticos documentos.
Á la sazon empuñaba
de España el potente cetro,
un Monarca virtuoso,
el Rey Don Cárlos tercero.
Tiempo hacia que en su mente
germinaba el pensamiento,
grande, colosal, sublime,
de levantar nuevos pueblos
en las fragosas guaridas

de los gamos y los ciervos.
Don Juan Gaspar Turriogel
bávaro de nacimiento,
ofreció al Monarca augusto
introducir en sus reinos
seis mil robustos colonos
para secundar su objeto.
De Don Juan aceptó el Rey
gustoso el ofrecimiento,
y oido el sábio parecer
de su ilustrado Consejo,
á la empresa dió principio
sin alzar mano un momento.
Llamó á Don Pablo Olavide
hombre de preclaro ingenio.
y la esposicion haciéndole
de su atrevido proyecto
le dijo: desde este dia
el encargo te confiero
de dar vida, animacion.
á los incultos terrenos,
que son en Sierra-Morena
hoy deshabitados yermos.
Lo grandioso de la empresa
Olavide comprendiendo,
trabajó incesantemente
hasta darle feliz término.
Con Don Juan de Turriogel
púsose al punto de acuerdo,
y de entonces comenzaron

á abordar á nuestros puertos
naves, galeras cargadas
de alemanes y flamencos.
Entraron en la Península
y por ensalmo se vieron
en talleres convertidos
aquellos vastos desiertos.
El bullicio, la alegria,
sucedieron al silencio,
que en los solitarios bosques
reinara no ha mucho tiempo.
Gentes de pueblos distintos,
gentes de idiomas diversos,
se asocian para el trabajo
llevando á aquellos terrenos
selváticos, infecundos,
entonce estériles, muertos,
las artes, la agricultura,
las industrias y el comercio.
Multiplicase Olavide,
y cual un génio bénefico,
organiza los trabajos,
ilustra con sus consejos,
al perezoso estimula,
calma al fogoso mancebo,
y al honrado y laborioso,
dádivas ofrece y premios.
Con la azada y el arado
arranca el rudo labriego
á la tierra los tesoros.

que avara esconde en su seno.
Constrúyese aquí una casa,
allí se levanta un templo,
y trócase el triste páramo
en un paisaje risueño.
Santa Elena, Carolina,
Guarroman y Carboneros,
Miranda del Rey, Rumbral,
Aldeaquemada, los Coellos,
Isabela, Fernandina,
La Mesa, Arquillos el nuevo,
son incontrastable prueba
de la inteligencia y celo,
que en la empresa desplegára
de Olavide el noble génio.
Donde las plantas parásitas
alzaban su agreste cuello,
vierónse crecer frondosos
olivares y viñedos.
El antes valle sombrio
tórnase jardin ameno
regado por espumosos,
trasparentes arroyuelos.
Sobre las peladas rocas
que cual Ícaro soberbio
alguna vez en su orgullo
pensaran tocar el cielo.
fabrícanse lindas casas,
donde el cansado viagero
puede dar blando reposo

á su fatigado cuerpo.
Blancas palomas que ciernen
sus álas con manso vuelo
sobre alfombras de verdura,
las bellas plumas luciendo
del claro sol Andaluz
á los fúlgidos destellos.
. . . .
. . . .
Loor eterno al que trocara
en fresco jardin el yermo,
sembrando con mano próvida
flores do abrojos crecieron.
Aquí la grata memoria
del Rey Don Cárlos tercero
vivirá mientras el mundo,
de *ayer* la vida inquiriendo,
en el libro de la historia
busque enseñanza y ejemplo.
¿Qué floron de una corona,
qué timbre, ni el mas escelso
igualará al del Monarca
que dejó inmortal recuerdo
contando entre sus blasones
el de fundador de un pueblo?
La Segur de las edades,
la carcoma de los tiempos,
destruirán tarde ó temprano
laureles perecederos;
de un siglo y el otro siglo.

los encontrados criterios
la fama que el uno ensalza
manchará el que venga luego.
Mas aquí no; cuando caigan
los frágiles monumentos;
cuando el polvo de su escombro
lleve en sus álas el Euro,
grabado en los corazones
vivirá el dulce recuerdo,
de aquel que pronunció el *Fiat*,
luz de vida en estos pueblos.

Pablo Montero.

Primera entrada de San Fernando en la provincia de Jaen.

—

ROMANCE XXII.

I.

Tendida en campo de flores
que cruzan sierpes de plata;
arrullada por las brisas
que el ancho espacio embalsaman:
bañada de un sol ardiente
que apena á templar alcanzan
las palmeras con su sombra,
los arroyos con sus aguas;
circundada por do quiera
de pintorescas montañas
que en su oculto seno encierran
ricos tesoros de plata,
por límite el mar de Atlante,
al occidente de España,
la fértil Andalucía
de los mundos la sultana

presa del muslin adusto
ora suspira, ora calla.
Aun resuena en los oidos
de la turba musulmana
el grito de ¡Santiago!
grito de muerte en las Navas,
y Mahomad, antes valiente,
fiero tigre en las batallas,
su vergüenza y sus tesoros
corre á ocultar en el Africa.
En tanto, la voz potente
del Santo Rey el alarma
dando á sus haces belígeras
las apresta á la campaña,
y por Cristo y por su signo
juran al moro venganza:
ya los castellanos tercios
contra los alarbes marchan,
llevando por Capitanes
á Don Lope el de Vizcaya,
á Ruy Gonzalez Giron,
al Maestre de Calatrava,
y con la sagrada enseña
á Gimenez de Navarra (1).
El puerto del Muradal
dióles angustiosa entrada;
pero una vez en la tierra
que el musulman avasalla,

(1) Arzobispo de Toledo.

cual torrente contenido
sobre los moros se lanzan,
sembrando por donde quiera
el estrago y la matanza:
las vegas de Gil de Olid,
los campos de Tova y Lacra
regados fueron con sangre
de la turba mahometana,
y el claro Bétis en rojas
tornó sus límpidas aguas:
al peso de los bridones,
al estruendo de las armas
gimieron los altos montes
del Jucaten y de Mágina
y en las dilatadas tierras
que el Bétis undoso baña,
desde donde tributario
el Guadalhemar le acata
hasta donde sus caudales
rinde humilde el Guadiana,
un muslim no quedó á vida
si la salvacion no hallara
en las torres de Baeza
ó en los muros de Quesada.
Mas ¡guay! que el leon castellano
aun quiere presa mas alta,
y en pos siempre del alarbe
husmeando sangre se lanza.
Al oriente de Baeza,
en la pintoresca falda

de la sierra pedregosa
que hubo por nombre Arguetarca,
á seis millas de Cazorla
fuerte castillo se alza
combatido en otro tiempo
por las huestes cristianas;
allí, sobre sus almenas,
de bárbaros coronadas,
brilla del Koran la enseña
por el infiel acatada;
y allí altivo é iracundo
el Leon fija la mirada
y allí sus pasos dirije
mostrando la fuerte zarpa.
¿Qué esperais los que orgullosos
tras las espesas murallas
pensais contrastar la fúria
de quien os sigue con ánsia?
Pronto el lábaro glorioso
que el Santo Rey levantára
vereis ondear á los vientos
sobre la torre mas alta.

II.

Era la noche; el murmullo
de los perfumados céfiros

el eco debil llevaba
de leve rumor al lejos;
manto de bruñida plata
sobre el azul firmamento
la hermosa luna tendia
alumbrando el universo.
Esos nocturnos ruidos
que apenas trasmite el eco,
son los únicos rumores
que interrumpen el silencio.
Mas no duerme lo que en torno
parece que yace muerto:
las enhiestas atalayas
lucen bien cebados fuegos,
y á su resplandor cien sombras
se ven cruzar el otero
del monte en cuya ladera
funda Quesada su asiento;
unas tras otras penetran
en el recinto del pueblo
y de voces recatadas
se oye el murmullo ligero,
son de moros que escapados
del general escarmiento
relatan de la matanza
el horrible trance fiero.
Entonces la altaneria
súbito truécase en miedo,
todos los jeques reunidos
deliberan, y en concierto

deciden abandonar
la fortaleza y el pueblo;
solo una voz se levanta
contraria á baldon tan negro.
Alboacen, gobernador
del fuerte y de sus anejos,
dirigiéndose á los jeques
exclama con firme acento:
«La maldicion del Profeta
sobre vosotros impreco:
mas vale morir con honra
que vivir de oprobio llenos:
si en buena lid sucumbimos
Alá nos reserva un premio:
Dios es Dios, la muerte es vida
si se muere como buenos.»
Aquella voz varonil
dió á los débiles aliento
y cada cual preparose
bizarro á ocupar su puesto;
arrimáronse al adarbe
piedras, lanzas y pertrechos,
y en mudo afan aguardose
del duro trance el momento.
El alba tiñendo en tintas
de rosa y oro los cielos
por el oriente asomara
lanzando tibios reflejos:
allá entre la parda bruma
que se eleva desde el lecho

del Guadalquivir, distintos
comienzan á verse al lejos
penachos, lanzas, escudos,
caballos y caballeros:
al rudo son de atabales
y añafiles, que en los pechos
esforzados de entusiasmo
hinche el corazon entero.
en breves instantes álzase
un militar campamento:
allí estan Lope de Haro,
Meneses, Giron, y un cerco
de capitanes, que anhelan
ser en la lid los primeros,
con insistencia al de Haro
piden comandar los tercios:
Don Lope á todos contenta
y en secciones dividiendo
su fiel, invicta mesnada
y sus bravos ballesteros,
—las falanges de á caballo
reservando para él mesmo—
á cada cual encomienda
un grupo, siquier pequeño,
y adelántase en batalla
con pausado movimiento.
Fernan Coci el de Santiago
manda el peloton izquierdo,
Novoa el de Calatrava
marcha al frente del derecho,

Villamayor á reserva
ampara flancos y centro
con la hueste mas lucida
de esforzados caballeros:
en tal órden se acercaron
á tiro de dardo al puesto
donde los moros aguardan
entre esperanzas y miedo.
Á la voz de «¡cierra España!
Cristo y Fernando tercero!»
nuestras haces victoriosas
acometen con denuedo;
mas ¡ay! que nube de piedras
dardos y flechas, de adentro
sobre los bravos soldados
llueve cual fuego del cielo,
y el grito espira en los labios,
del bravo salta el acero
y al pié de los recios muros
la sangre enrojece el suelo.
Don Lope encendido en ira
do quier redobla su esfuerzo,
seduce con la palabra,
anima con el ejemplo:
«Fernando y Castilla, grita,
¡al muro! ¡gloria al primero!»
Entonces como leones
de lucida presa hambrientos
se lanzan á las escalas
sus valientes mesnaderos.

uno sucumbe, otro sube
en jara y piedras envuelto,
y tras aquel otro y otro,
y otro despues y otros ciento.
«¡Victoria!» los aires hiende,
«¡Victoria!» repite el eco;
y mientras por los alcores
se ven trasponer ligeros
los que huyen despavoridos
perder la vida temiendo,
sobre la enhiesta alcazaba
flotando á merced del Euro
se alza el pendon victorioso
que en rudos combates, ciento
por Castilla y por Fernando
fué terror del Agareno (1).

III.

¡Gloria al Señor! de su brazo
no hay quien la fuerza resista;
Él con su rayo quebranta

(1) Segun las crónicas de aquel tiempo, el Santo Rey cautivó mas de 7000 moros en la toma de Quesada.

la añosa, robusta encina,
y el cedro que siglos cuenta
con su dedo pulveriza;
Él sobre el orbe exaltado
cielo y tierra y mar domina;
Él en su mano sostiene
los mundos cual leve arista;
Él alimenta y Él crea;
Él levanta, Él aniquila
y la palma y la victoria
dá á quien teme su justicia:
¡Gloria al Señor! así cantan
las falanges de Castilla
vencedoras del alarbe
en batallas repetidas.
El Santo Rey á sus huestes
tras de tan duras fatigas
descanso dá, y las levanta
pasados algunos dias.
Asperezas esquivando
hacia Esnader se encamina
del Bétis por la rivera
que Ubeda y *Baccia* dominan,
al reposo y al descanso
sus frescas auras convidan,
y bajo los verdes arcos
de su arboleda sombria
el Rey su bridon detiene
y en sus empresas medita:
en la cumbre de la loma

hay otro Rey ¡oh ignominia!
allí impera; de su alcazar
se ven las torres macizas:
vasallo será ese Rey
de quien desde aqui le mira.
que á sus puertas no consiente
otro Rey que yo Castilla;
¡ay de tu reino, Mahomad,
cuan cerca está su ruina.»
Tal piensa el Rey Don Fernando;
mas no juzgando propicia
la ocasion, en marcha sigue
y á Esnader sus pasos guia.
¡Fácil victoria! el alarbe
viendo que el Rey de Castilla
con sus tercios valerosos
hacia el fuerte se avecina,
recogiendo sus ganados
emprende rápida huida:
el Rey ordena que el fuerte
sea convertido en cenizas,
y hacia Esclamel y Espeluy,
que en lotananza divisa,
baja, pavor infundiendo
en las haces enemigas:
apenas le ven de lejos,
queriendo salvar sus vidas,
vienen á proponer tratos
que el Rey acepta, y arriba
sin resistencia á los fuertes

que hace volar en cenizas.
Campando en estos lugares
y entreteniendo la ira
que contra el moro le mueve
con la esperanza dulcísima
de entrar á saco á Jaen.
norte de sus altas miras,
por sus fieles corredores
llega la grata noticia
de que han hallado refugio
en el castillo de Víboras
mil quinientos caballeros
prez y flor de la morisma,
y tras sus muros esperan
domar la cerviz altiva
del fiero leon castellano
que por do quier les humilla.
En Dios el animo puesto
que asi premia sus fatigas.
el Rey oyendo el relato
que á nuevas lides le anima.
pide su corcel, cabalga.
y dirijiendo la vista
hácia el lugar en que funda
su esperanza la morisma.
así dirije á sus tercios
su voz que de enojo vibra:
«Cuando el sol rompa mañana
las pardas nieblas sombrías
nos ha de hallar acampando

frente á los muros de Víboras,
y cuando en el Occidente
esconda su frente altiva,
dentro del fuerte castillo
nuestra presencia es precisa.
Sus! á las armas, valientes,
quien lo fuere que me siga.»
Y picando el acicate
y al corcel tornando brida,
seguido de sus leales
hácia el castillo caminan:
corriendo de Jaen las vegas
y de Martos las campiñas,
trepando de Valdepeñas
las altas, fragosas riscas,
y del Tovazo y Salado
cruzándo las claras linfas
en una marcha forzada
el Monarca al fin divisa
sobre los muros del fuerte
la media luna enemiga,
y deteniendo el brioso
corcel que piafa y relincha:
«Allí, dice, está la gloria,
Dios nuestro brazo dirija.»
No de otra suerte á la arena
el bravo Rey de la Libia
salta desde su espelunca
en pos de gacela tímida,
que al escuchar nuestras huestes

la voz que á lidiar incita
corrieron á las murallas
con poderosa embestida:
piedras, maderos y dardos,
agua hirviente y recias picas,
sobre los bravos peones,
de las almenas llovian;
pero la muerte del deudo,
del buen amigo la herida,
en los pechos denodados
la cólera más excita
y mil prodijios de arrojo
asombran á la morisma:
los ballesteros del Rey
protejen la acometida
enviando muerte segura
en flechas y jabalinas:
el son de los atabales,
la espantosa gritería
del alarbe, que encerrado
como tígre en su guarida,
acá y allá se revuelve
rayos lanzando su vista;
y el crujir de las ballestas
y el ¡ay! de los que la vida
exhalan gritando: «Alá»
ó «Cristo, gloria y Castilla»
ensordecen los espacios,
y en el alma mas altiva
pone pavor la sangrienta.

horrible carnicería.
De pronto nubes de humo
que el rudo aquilon agita
se elevan por el espacio
entre mil llamas rojizas;
las falanges cristianas
lanzan gritos de alegría.
y el moro ruge en las torres
que ya las llamas dominan;
la tosca, ferrada puerta
del castillo hecho ceniza
con sordo estrépito cae,
y en tropel se precipitan
nuestros soldados sedientos
de satisfacer su ira:
confuso rumor de voces,
ayes, blasfemias y risas
en espantosa vacarme
un punto en el aire vibra.

. . . .

. . . .

Despues silencio, pavura,
horrores, sangre, ruinas!!
El ángel de la venganza
blandió su espada fulmínea
tendiendo sus rojas alas
sobre el castillo de Víboras:
y hombres, niños y mugeres,
cuanto en su recinto habia
duermen el profundo sueño

transicion para otra vida.

. . . .

. . . .

. . . .

Sobre la almena mas alta
la santa Cruz se divisa.
Sangre por sangre, muslimes.
¡Cristo, Fernando y Castilla!!

. . . .

. . . .

¡Gloria al Señor! de su brazo
no hay quien la fuerza resista:
Él con su rayo quebranta
la añosa, robusta encina,
y el cedro que siglos cuenta
con su dedo pulveriza.
Gloria al Señor! Él mantiene
los mundos cual leve arista,
Él alimenta y Él crea.
Él levanta, Él aniquila,
y la palma y la victoria
dá á quien teme su justicia.

M. María Montero.

La Hidalguia.

—

ROMANCE XXIII.

> **Ellos estando en aquesto**
> **llegó Don Diego de Haro:**
> **Adelante caballeros**
> **que me llevan el ganado.**
>
> **Timoneda.**

Cubierto de polvo y sangre
sin armas y sin caballo,
rotos de la fuerte cota
los engarces acerados,
el noble Pedro Mejia
de la Guardia castellano
á las puertas de la villa
llega vacilante el paso.
Ni le acompañan sus pajes,
ni resuenan por el llano
el ronco son de las trompas
de sus deudos y vasallos.
Solo viene el buen Mejia,
que al alba saliera al campo

siguiendo el pendon temido
del Obispo Don Gonzalo.
Pálida la altiva frente
desnuda del duro casco,
hondo suspiro del pecho
murmuran sus secos labios.
Y antes de pisar del foso
el ancho puente ferrado,
tiende una mirada intensa
de la sierra á lo mas alto.
Alli, dijo, se divisan
gozosos de nuestro daño
de la morisma insolente
los escuadrones cerrados.
Tintos en sangre cristiana
van sus alquiceles blancos.....
Jaen y Baeza hoy lloran
sus cuatrocientos hidalgos.
En ruda lidia cayeron
las lanzas hechas pedazos,
que es inútil el esfuerzo
cuando el número es escaso.
Cautivo al Obispo llevan
que fué el primero en el campo,
su pendon no flota al viento
¿por que la vida he salvado?
Guerrero de ilustres hechos
como ninguno preclaro,
la defensa de sus hijos
y su valor le hace esclavo.

Rica es la presa, muslimes.
que os dá la suerte por láuro.
y allá en Granada verán
al que siempre fué su espanto.
En mal hora buen Obispo
escuchastes al de Haro,
sus consejos codiciosos
fueron consejos villanos.
Rescatar quiso su hacienda
que no defendió en el campo,
causa fué de tu desdicha,
baldon eterno al de Haro.
A dios ilustre caudillo,
que él te valga en tu quebranto,
huerfano tu pueblo queda;
pero su fé te hará salvo.

. . . .

. . . .

Tendió la noche sus sombras
y en la villa entró el hidalgo,
la sangre de sus heridas
mezclándola con su llanto.
Y alla desde las alturas
de los muros almenados,
se vieron brillar hogueras
en el real africano.

GREGORIO CASANOVA.

La batalla de Bailen.

—

ROMANCE XXIV.

Hay una Nacion de Europa
que en lo valiente y lo bella.
si á otras naciones no iguala
es porque á todas supera.
Y es de muchos heroes patria
cuyos nombres aun conservan
en sus abismos los mares,
y en sus confines la tierra.
Tiene una region la España
que de su cielo es estrella,
que amante el sol la enamora
y que de flores la siembra.
Como hermanas cariñosas
entre sus brazos la estrechan
la blanca Sierra-Nevada,
la ardiente Sierra-Morena.
Y hay en fin: bajo ese cielo
que cubre region tan bella.
campos que viejos escombros

guardan de la antigua Bécula.
Campos heroicos que crian
laureles en vez de yerba,
porque laureles produce
lo que con sangre se riega.

—

¿Quién es el jóven guerrero
que con la frente serena
agita y conmueve á Europa
y todo á su paso tiembla,
y antiguos cetros recoge,
rompe, reparte ó desprecia?
¿Quién es? ¿qué quiere? ¿qué busca
cuando su mirada inquieta
recorre el vasto horizonte
y al firmamento se eleva?
¿No hay solo un Rey en el cielo?...
¡que haya otro solo en la tierra!!
El turno le toca á España,
á España pobre, indefensa;
y la flor de sus soldados
á las orillas del Elba
comparte gloria y peligros
abrazada á su bandera,
mientras alevoso cruza
como amigo las fronteras.

Mas pronto el pueblo español
la amarga verdad penetra
cuando entre prisiones mira
el Monarca á quien venera.
Cual si un corazon tan solo
le diera fuego á sus venas
al grito del dos de Mayo
se levanta España entera,
que siempre es morir con honra
mejor que vivir sin ella.
Las provincias andaluzas
como hermanas se congregan;
al usurpador ultrajan
y á sus ejércitos retan.
Dupont el guante arrojado
recoge en Sierra-Morena,
y el estermínio y la sangre
señales son de su huella.
En tanto el grande Castaños
de el Bétis en la rivera
de voluntarios que acuden
nuevas falanges ordena.
Dupont su campo levanta
y hasta Andujar se replega;
Castaños sino le acosa
sus movimientos observa.
Docto consejo en Porcuna
sus generales celebran
que él preside. «La victoria,
esclama inspirado, es nuestra.»

Á cada cual le señala
su lugar en la pelea;
ora como buen cristiano,
y á la Vírgen se encomienda.

—

Es una noche de Julio
oscura, ardiente y serena.
La luna en otro hemisferio
la opuesta atmosfera argenta;
y solo la luz escasa
de alguna pálida estrella
en el espacio fluctua
sin disipar las tinieblas.
Negras masas que se mueven
mas silenciosas que negras,
cual fantasmas se aproximan
ó como tigres acechan.
En tanto en el otro campo
se escucha la voz de ¡alerta!
que uno tras otro repiten
soñolientos centinelas.
Súbito hiende los aires
nube de rojas centellas,
que tierra y cielo iluminan,
y con estruendo rebientan.
Ansioso el soldado acude,

de la venganza que anhela;
y del cañon al saludo
con otro igual le contesta.
La aurora al balcon de Oriente
su faz asoma risueña,
y entre olivares frondosos,
ó encubiertos en sus cercas,
divisa antiguos amigos
que, allá en Marengo y en Jena
con esplendores de gloria
dieron á su luz vergüenza.
Torna hácia Bailen la vista,
y los guerreros que encuentra,
ayer, como hoy el fusíl,
los vió manejar la esteva.
El sol que tras ella viene
sus pálidos rayos quiebra,
y sin duda tomar parte
en el combate proyecta,
cuando sus primeras luces
menos alumbran que queman.
Españoles y franceses,
en dos líneas paralelas,
parecen de un mar de fuego
las inmóviles riveras.
Estrago y muertes vomitan
en nuestra gente inesperta
cien cañones que, aunque ocultos,
oscuras bocas enseñan.
Muertes y estrago responden,

mas que las suyas certeras,
nuestros bravos artilleros
con bien dirigidas piezas.
Cada vez que el obús habla,
cada descarga que suena,
en muralla humana abre
larga y espaciosa brecha.
Mas pronto el sangriento escombro,
que palpitánte aun humea,
apartan los que serenos
el ancho portillo cierran.
Reding y Cupigny ilustres,
de nuestra patria lumbreras,
son los gefes que dirigen
la inmemorable refriega.
Del enemigo adivinan
las mas ocultas ideas,
y en las redes que les tiende
él mismo torpe se enreda.
Tres horas hace que Marte,
que preside la contienda,
puesta en el fiel la balanza
de los dos bandos conserva.
Mas corre prisa encontrar
la solucion del problema;
que á la espalda de Dupont
el gran Castaños se encuentra,
y á la espalda de Reding
Vedel rabioso se acerca,
por eso crece el estruendo;

por eso la lid arrecia.
Dupré con sus cazadores
vencer ó morir intenta,
y desesperado ataca
la vanguardia de Saavedra;
mas pronto exánime cae
y en su sangre se revuelca.
Dragones y coraceros
nuestros valientes dispersan,
como el huracan las hojas
cuando el otoño las seca.
Las águilas imperiales
baten las álas inquietas,
ruge el leon de Castilla
sacudiendo la melena.
El sol de Julio, que toca
el cenit de la alta esféra,
por ver la horrible batalla,
sino se para, se acerca.
Con los rayos que fulmina
la sed rabiosa exaspera,
y, por si no son bastantes,
en las armas los refleja.
Manso Herrumblar á la espalda,
en tazas de limpia arena,
ofrece al francés sediento
agua cristalina y fresca.
Y aunque sus bordes adorna
con mil floridas adelfas,
la vé de lejos con ansia

y no se atreve á beberla,
que está Don Juan de la Cruz
apostado en sus riveras.
Ancha noria, cuya boca
mira abrirse á su derecha,
en sepulcro se convierte
de el francés que á beber llega.
En cambio Bailen heróica,
sus hijos vé en la refriega
cómo del pobre soldado
la sed ardorosa templan.
Una, cuyo oscuro nombre,
si ingrata mas que severa
pudo olvidarla la historia,
la crónica lo conserva,
al ofrecer á Reding
agua, una bala certera
rompió el cántaro en pedazos
burlándose de la oferta.
«Gracias» dijo; y escurriendo
uno tras otro ligera
los cascos, en el mas grande
le dió de beber risueña.
Luisa Bellido era el nombre
de aquella muger intrépida.
Otra muger..... mas hermosa
que la pálida azucena,
de cuyos labios rosados
brotan palabras mas tiernas
que los suspiros del aura

y cuyas miradas rielan,
como los últimos rayos
del sol que en el mar se acuesta.
Muger que maga parece;
sombra impalpable y aerea.
Entre las filas discurre,
y en sus blancas manos lleva
copa de limpio cristal,
de agua hasta los bordes llena.
Ni vuelve ya en todo el dia
sed á sentir quien la prueba,
ni se consume aquel líquido
que heridas profundas cierra.
La aguda espada enemiga
antes de herirla se quiebra,
y las homicidas balas
se apartan y la respetan.
«¿Quién eres?» agradecidos
preguntan los que consuela.
¡Ah! ¿No veis sobre su manto
salpicadas las estrellas?
La que vuestra sed apaga,
la que por vosotros vela,
la que os dará la victoria
es..... la Vírgen de Zocueca.
La patrona de Bailen
que de esos campos es Reina;
con fé la invocó Castaños,
y al ruego jamás se niega.
Dupont en tanto. su ejército

desanimado contempla.
Á unos la sed los ahoga,
á otros la metralla diezma;
aquí el lúgubre gemido
de algun moribundo suena.
Allí un herido en su sangre
los secos labios refresca,
y al fin su gente en columnas,
formada, animoso arenga,
y el último heróico esfuerzo
por romper la línea intenta.
¡Vana esperanza! Que son
como muralla de piedra,
y el rudo empuje resisten
y las columnas dispersan.
Reding á su vez levanta
en alto nuestra bandera,
«morir ó vencer!» les grita;
clava á su corcel la espuela,
y sus valientes le siguen,
y sus contrarios le tiemblan.
No hay mas medio que implorar
del vencedor la clemencia.
Y no la imploran en vano,
que es generoso, y apenas
mira gallarda en los aires
flotar la blanca bandera,
de su venganza se olvida,
de su clemencia se acuerda.
Mas dura poco el reposo,

pues, sin respetar la tregua,
Vedél con furia acomete
nuestra línea de reserva.
El cerro de San Cristobal
disputan las bayonetas,
y otra vez la sangre corre
por sus pendientes laderas.
Mas en círculos de acero
Reding á Dupont estrecha,
y este herido y sin aliento,
rendirse á Vedél ordena.
Las águilas, que á la Europa
asombraron altaneras,
ante el leon de Castilla
temerosa el ála plegan....
Rápido el sol precipita
hácia Ocaso su carrera,
celoso de tanta gloria,
por no alumbrar tanta afrenta.
¡Viva la Patria!... repiten
en coro mil y mil lenguas.
¡Viva nuestro Rey Fernando!
¡Viva nuestra independencia!....

—

Otra aurora y otro sol
alumbraron otra escena.

De Andujar sobre el camino
en dos márgenes opuestas,
dos ejércitos se miran
de dos Naciones diversas.
Tiene el uno por soldados
mozos de actitud resuelta,
viejos que van al sepulcro
con la nieve en la cabeza,
mugeres que de su casa
abandonan las faenas
para dar agua al soldado
limpia, cristalina y fresca.
Y son todos andaluces,
gente de broma y de fiesta,
que tan presurosa acude
si la llama la trompeta,
como á cantar una caña
si oye templar la vihuela.
De este ejército en el centro
flota al aire una bandera
con un leon y un castillo,
señal de valor y fuerza.
Al otro lado se miran
mudas, tristes, macilentas,
las legiones invencibles....
que ayer vencieron las nuestras.
Brillantes cruces y escudos
en las casacas ostentan;
cruces tambien y brillantes,
y cálices y patenas,

que codiciosos robaron
profanando las Iglesias,
al capitular se guardan
como condicion espresa.
Unas águilas que al cielo
llegar quisieron soberbias,
por un leon destrozadas,
de aquella gente es la enseña.
Tocando al mismo camino,
tranquila y pobre vegeta
anciana oliva, á quien llamar
La Dupona por mas señas.
Con su frondoso ramage
entonces, que era mas nueva,
á un guerrero sombra daba
de altiva y noble presencia.
Otro guerrero abatido
paso tras paso se acerca.
la rica espada desnuda
y al primero se la entrega.
«Tomad, le dice orgulloso,
y en lo que vale tenedla;
que en diez y siete batallas
á la vaina volvió ilesa.»
Llevó la mano el primero
al costado izquierdo, y «esta.
dijo con risueño aspecto,
ayer ganó la primera.»
¡Viva nuestro gefe! gritan
los que ocupan la derecha:

¡viva Castaños! repite
el pueblo que lo venera.
Y entre los ecos marciales
de las músicas guerreras,
las salvas de los cañones
y el pueblo que victorea,
despues de entregar las armas,
desfilan los de la izquierda.
El eco de la victoria
en toda España resuena,
y con bélico entusiasmo
la Europa el triunfo celebra.
El Vate inspirado canta,
tejen guirnaldas las bellas,
y el mundo asombrado aplaude,
porque Castaños le enseña
que al génio de las batallas
hay en España quien venza.
¡Ah! no adorneis su sepulcro
con inscripciones y emblemas.
Escribid BAILEN tan solo
sobre su tumba modesta.

FRANCISCO RENTERO.

La Fuente de la Magdalena.

—

ROMANCE XXV.

I.

De un elevado peñasco
á la sombra y en la falda,
como las vírjenes pura,
cual ellas modesta y cándida.
nace huyendo de una cueva
honda, oscura y solitaria.
cierta fuente cristalina
que dá torrentes de agua.
Á su alrededor las flores
y los arbustos levantan
bosque frondoso que habitan
génios sagrados y hadas.
Allí la tórtola anida,
allí sus amores canta
el ruiseñor, y allí el lobo
es el rey de la comarca.
Nadie en el bosque penetra:

su existencia es ignorada,
que para muy altos fines
Dios lo cria y Dios lo guarda.

Llegó un tiempo en que el Fenicio
puso en la Iberia su planta,
y con astucias ó ardides
hizo de Iberia su patria.
—Un peñon para defensa
y un raudal de puras aguas
cerca de fértiles campos
donde hay espigas doradas,
son para el rudo soldado
de la primitiva raza
favores con que los Dioses
protejen á los que aman.—
Al bosque llegó el Fenicio:
allí sus tiendas levanta:
allí concentra sus fuerzas
y del combate descansa.

Á través de nuevos tiempos
aquella fuente vedada
se vé presa de altas torres.
de almenas y de murallas.
Cartago y Roma pelean
por su posesion. Alcázar
es de Asdrúbal. y Scipion

con sus lejiones la asalta.
El cerco es terrible: hay
en su alrededor batallas
que dejan cubierto el campo
de soldados, sangre y armas.....
Al fin vence Roma. Asdrúbal,
es desecho en la jornada,
y de la Fuente y peñasco
dueño Scipion se proclama.

Los purísimos cristales
que del raudal se derraman
son recojidos en termas
por la nobleza romana:
Allí se prodiga el pórfido
y el jaspe; las mas gallardas
columnas que trazó el arte
sostienen bóvedas ámplias.
Cayo Sempronio, Pontífice,
y Fusca Vibia una pájina
escribieron sobre mármol
para honrar aquellas aguas.
La fuente sigue su curso.
el raudal, jamás se gasta.
y ni como el hombre muere,
ni como el Imperio acaba.

II.

Vándalos, Godos y Suevos
se suceden y guerrean
y como lava se estienden
por la península ibérica.
Nada su cruda barbarie
del bello pais respeta:
templos, estátuas, sepulcros,
todo se arrasa ó se quema.
Pasados trescientos años
sitia Tarif á *Mentesa*
y es *Aurigi* destruida
y sus murallas desechas.
Dios, sin embargo, en sus juicios
no quiere que de la tierra,
desaparezca aquel pueblo
fundado al pié de la peña.

Tarif mismo la importancia
de Aurigi vé, su frontera
sin ella para los Vándalos
queda franca, abierta queda.
Tarif, pues, la redifica:
de altos muros la rodea,
refuerza sus torreones
y alza un castillo en la cresta

del peñasco á cuyo abrigo
su ejército se acuartela.
El invasor Sarraceno
ha plantado su bandera
en el torreon mas alto
de la disputada sierra,
á cuya falda una fuente
brota raudales de perlas.

¿Quien acaudilla el ejército
que enarbola como emblema
la Cruz bendita de Cristo
en sus pendones la guerra?
¿Quien tala campos floridos
y quien arrasa la Vega,
y pone cerco á Jaen
y por el hambre lo estrecha?
¿Quién por fin rinde la plaza
inespugnable y soberbia,
que es del reino granadino
avanzado centinela?
¿Quién? Alhamar el de Arjona,
Rey de Granada que llega
á los reales castellanos,
con mústia faz, vista inquieta,
os dirá que á Don Fernando
dá su homenaje y entrega
las llaves de la Ciudad
fundada al pié de la sierra

de la que brota una fuente
donde *Abdallá* se deleita.

De Dios los ocultos fines
por los hechos se revelan:
fuente, ciudad y castillo,
montes, vallados y huertas.
mezquitas, baños, palacios,
juros, fueros, preeminencias,
todo al Reino de Castilla
unido de entonces queda.
Don Fernando en la Ciudad
con puro contento entra,
no obstante el silencio triste
que el pueblo abatido observa.
En procesion con el clero
á la gran mezquita llega,
y el Obispo Don Gutierre
la consagra y canta en ella
sus preces y aquella misa
que la transformó en Iglesia.
Asentado el sacro culto
se traslada de Baeza
la Silla de los Apóstoles
á la Ciudad *de gran guerra,*
redonda é muy recelada,
con fuentes fridas muy buenas.

El Santo Rey Don Fernando
quiere ver las escelencias
de la plaza conquistada
al walí de la frontera.
Visitando las murallas,
los adarves, las almenas,
y el palacio que habitaron
reyes y alcaides, se encuentra
sorprendido con la fuente
que brota clara y modesta,
y donde tuvo su orijen
la Ciudad que al reino aumenta.
Don Fernando de rodillas
cae allí donde serpean
los plateados raudales
que el disco del sol reflejan.
Alza su mirada al cielo,
ora un momento, y su diestra
estendiendo hácia el oriente
dice piadoso: —«Aquí sea
á Dios levantado un templo
de planta y fábrica nueva.
Y tenga la advocacion
de la Santa Magdalena,
en cuyos ojos brotaron
raudales de penitencia.»—
Dijo, y al réjio mandato
sus servidores se aprestan,
que obliga la órden de un Rey
si á Dios se sirve cumpliéndola.

El templo fué construido.
y allí el pueblo se congrega
para rendir al Señor
culto de amor y obediencia.
En cuanto á la fuente, existe:
y son sus aguas tan buenas
como el dia que nacieron
por divina providencia.

FRANCISCO LOPEZ VIZCAINO.

La Cruz del Pósito.

—

ROMANCE XXVI.

I.

El siglo décimo quinto
muere ya, de sus empresas
al panteon de la historia
dejando gloriosas fechas.
Es de noche: una Ciudad
que es de la lealtad emblema,
de los árabes codicia,
y del suelo andaluz puerta,
muda al pié de una montaña
y en negras nubes envuelta
oye al huracan que silva
al sacudir las veletas,
y vé rasgar al relámpago
brillante las sombras densas.
El agua cae á raudales,
brama ronca la tormenta,
y no hay un bulto que cruce

las tristes calles desiertas.
Duerme Jaen; tal vez solo
dos hombres callados velan;
uno entre la sombra espia,
y otro al pié de una Cruz reza.
Quienes son calla la historia,
mas la tradicion lo cuenta,
y yo narrarlo pretendo
tomando al vulgo por lengua.

II.

Vino á Jaen desde Flandes
Doncel de noble presencia
capitan de aquellos tercios,
rico en honores y en rentas.
Buscando dulce descanso
á las fatigas guerreras,
casó con Doña Beatriz
hija de Iñigo de Uceda.
Mas tomó en mal hora estado;
que la dama ilustre y bella
se unió tal vez al de Osorio
por razones de nobleza,
y á otro hombre su pecho amante
daba adoracion secreta

mientras de esposa á Don Diego
daba la mano en la Iglesia.
Pasáron meses y años
y fuese tédio ó sospechas,
de su pasion al de Osorio
quedaron solo pavesas.
Doña Beatriz del desvío
lloró en silencio la pena;
si no en el amor herida,
lastimada en la soberbia.
Y así los dias pasaron
guardándose ambos sus quejas
y abriéndo con el silencio
camino á pasiones nuevas.
Y en orjías borrascosas
y en aventuras secretas
quiso de su amor primero
borrar Osorio las huellas.

III.

En la casa de Gil Perez
y en angosta callejuela
hay varios hombres reunidos
en redor de una ancha mesa.
Nobles son sino en los hechos

al menos en la ascendencia
los que de Gil en la casa
ponen á un dado su hacienda.
Con ellos está el de Osorio;
pero con suerte tan negra,
que no tira vez los dados
que lo que marca no pierda.
Pero Don Diego no es hombre
que en sus propósitos ceda,
y así mientras mas desgracia
mas teson pone en vencerla.
Luchándo con su fortuna
perdió asi puesta tras puesta
primero el oro y despues
las alhajas y las tierras.
Ébrio de ira á su escudero
llama y que le traiga ordena
cierta joya á Beatriz dada
al desposarse con ella.
Partió el escudero y pronto
volvió con esta respuesta:
«Doña Beatriz vuestra esposa
la joya á entregar se niega;
porque siendo segun dice
de vuestros amores prenda,
solo á vos y por su mano
hará tan costosa entrega.
Para eso aqui se dirije
seguida de la su dueña;
salir vos á recibirla

Señor, que estará ya cerca.»
Rieron los jugadores,
montó el de Osorio en soberbia
y ciego salió á la calle
la mano en la daga puesta.

IV.

Volvió á casa de Gil Perez
Osorio la vista inquieta,
lívido el labio y la frente
de frio sudor cubierta.
Puso en la mesa una joya
y al tirar con mano trémula
los dados, oyó en la calle
su nombre á una voz resuelta:
«¿En donde está el asesino
de Doña Beatriz de Uceda?
justicia demando ó plaza
para vengar tal vileza.»
Puesta en la espada la mano
bajó Osorio la escalera;
que acaso de antiguos celos
sintió la herida entreabierta.
Tiraron los jugadores
dados y lámpara y mesa,

y guardando las ganancias
buscaron ráudos la puerta.
Llegó á la calle Don Diego
y hallándose un hombre en ella
cerró con él y de entrambos
fueron las espadas lenguas.
Mas como iba Osorio ciego
y hallóse una mano diestra,
bien pronto corrió la sangre
que le quemaba en las venas.

V.

Duerme Jaen, en sus calles
tan solo dos hombres velan,
uno entre la sombra espía,
y otro al pié de una Cruz reza.
—Qué voto cumple el romero,
pregunta al que ora, el que observa.
—Vengo á rogar por las almas
del de Osorio y la de Uceda.
—Sabeis esa historia?
—Al cielo
pluguiese no la supiera,
y esta Cruz no fuera entonces
mudo juez de mi conciencia.

—Luego sois?....
Don Lope de Haro
de Doña Beatriz la bella
galan un tiempo, y mas tarde
su vengador en la tierra.
Partió el romero; el espía
quedó inmóvil de sorpresa
frente á la piedra que el nombre
de Cruz del Pósito lleva.
. . . .
. . . .
Á otro dia cuando el sol
iba á mediar su carrera,
entraba Don Lope de Haro
de San Francisco en la regla.

Antonio Guijosa y Gomez.

Cofradia de Santa Maria y San Luis de los Caballeros de Jaen.

ROMANCE XXVII.

Ya marchan los Caballeros,
los hijos-dalgo ya marchan
¿á donde van? Á la vega,
á la vega de Granada.
Los retan las fronterizos,
los fronterizos los llaman
con los continuos estragos
de sus continuas algaras.
Que lidien con los infieles
la regla que siguen manda,
y así lo tienen jurado
sobre la cruz de su espada.
Por eso á buscarlos salen
armados de todas armas.
¡Si volverán todos ellos
de la vega de Granada!
San Luis, Santa Maria,
sus dos Capillas preparan

para enterrar los cofrades
que mueran en la batalla.
En ellas Guzman el bravo
Maestre de Calatrava,
y Don Gonzalo el Obispo
y otros muchos los aguardan.
Quiera Dios, que tornen pronto
los cuatrocientos que marchan,
y que no muera ninguno
en la vega de Granada!....
   Está la Ciudad inquieta:
¿qué pasa en Jaen, qué pasa?....
Que tornan los hijos-dalgo
de la frontera africana.
Han tenido mal encuentro,
la lucha ha sido tan brava
que de moros y cristianos
está la vega sembrada.
Cuatrocientos Caballeros
salieron á la matanza,
¡pero no volvieron tantos
de la vega de Granada!....
—¿Qué quiere el pueblo, qué quiere?
¿qué pretende, qué demanda
en la puerta del Convento
de la órden franciscana?....
Quiere entrar en la Capilla,
quiere dejar una lágrima,
quiere ver los Caballeros
que dieron á Dios el alma

peleando con los moros
de la vega de Granada.
Allí estan: Pedro Coello
Caballero de la Banda,
y el capitan esforzado
Pedro Manrique de Nágera,
y el Maestre Antonio Enriquez
y Giron que con su lanza
era el terror de los moros
de la vega de Granada.
Aquellos once estandartes
con medias lunas de plata
y treinta y cinco banderas
que en las Capillas se hallan.....
tomadas fueron por ellos
en la vega de Granada.
Dos infantes castellanos
tambien las Capillas guardan
Don Pedro y Don Juan, sobrinos
del Emplazado Monarca.
Al lado de los valientes
de nuestra tierra luchaban,
y con ellos perecieron
en la vega de Granada.
¡Cual caballeros lidiaron
por su honor y por su patria!....
y como nobles murieron
en la vega de Granada.

M. Martos Rubio.

La Virgen de la Coronada.

—

ROMANCE XXVIII.

I.

Acabado el siglo quince
empezó á trocar España
por las letras y las artes
los laureles de las armas.
Las banderas de Castilla
vencedoras empujaban
á los árabes vencidos
hácia las cumbres del Atlas.
Y los antiguos mozarabes
viendo ya libre su patria,
los tesoros escondidos
llenos de piedad sacaban.
Entonces, tal vez, entonces,
cuando imágenes y alhajas
volvieron á los altares
de las Iglesias cristianas,
buscó Jaen en sus campos

la mística rosa blanca,
la hermosa, radiante y pura
Vírgen de la Coronada.

II.

Frente á la puerta de Martos
y del castillo en la falda,
cuando las árabes turbas
á la Ciudad asolaban,
buscó la piedad asílo
debajo de una campana,
á la imágen milagrosa
de la Vírgen pura y santa,
diola custodia el secreto,
pasó el tiempo respetándola,
y despues que San Fernando,
de Dios rayo en las batallas,
clavó su triunfante enseña
de Jaen en el alcazar,
la misma fé que á la imágen
libró de la impía saña
llevó á buscarla en su asilo
al pueblo y para adorarla,
alzó allí mismo una ermita
á la Virgen Coronada.

III.

Pasaron años, pasaron
y en Capilla solitaria
fué devocion de los fieles
la Vírgen inmaculada.
Numerosa Cofradía
devota, noble y bizarra
de caballeros armados
dió al santuario la guardia:
y la imágen milagrosa
allí entre las sierras ásperas
era iman de peregrinos
y consuelo de desgracias.
Hasta que en fiesta solemne
fué á la Ciudad trasladada
por Don Diego de Suarez
Obispo de estirpe clara.
Los carmelitas descalzos
y su Iglesia afortunada
desde entonces de la Vírgen
guardaron la imágen santa:
del buen Obispo Don Diego
llevó el convento las armas
y la Iglesia tuvo el nombre
de la Vírgen Coronada.

MARIA JOSEFA GARCIA DE PEÑA.

La devocion del Santo Rostro.

ROMANCE XXIX.

¡Cual me elevo en mi mismo al contemplarlo!

DANTE.

I.

¿Á donde vais campesinas,
las de la toca encarnada,
las del cabello trenzado,
las de las azules rayas?
¿Á donde vais tan alegres
por la vega y la montaña,
cuando aun brillan las estrellas,
cuando aun las aves no cantan?
¿A donde es la romeria?
¿qué boda ó baile os aguarda?
¿Á donde vais labradoras
con tal gozo y tales galas?
—Hoy es fiesta de la Vírgen,
responden las aldeanas,

hoy en la Ciudad se adora
de Cristo la imágen Santa.
De siega á siega podemos
verla solo tres vegadas,
dos al labrar las campiñas
y una al recoger las parvas.
Por eso al sembrar las mieses
vamos cada año á adorarla
y volvemos cuando nacen
y luego cuando se guardan.
Por eso hoy vamos al templo
al despuntar la mañana
con el cabello en un lazo
mantilla roja con franjas.
Zarcillos con piedras verdes,
rosario con cuentas blancas,
saya azul, negro corpiño
y cruces con esmeraldas.
Seguidnos los que tengais
la devocion en el alma,
seguidnos los labradores
que hoy es fiesta y no se labra.»
Y la colina y el valle
en grupos alegres salvan
labriegos y campesinas
cuando la noche se acaba.
Y pierden luz las estrellas,
y toma color el alba,
y peina su pluma el ave,
y el rocio se abrillanta.

II.

¿Por qué ante el templo se agrupa
el pueblo en vistosas masas?
¿por qué á sus lenguas de bronce
no dan tregua las campanas?
¿Qué aniversario celebran?
¿qué nueva feliz dilatan?
¿qué hechos gloriosos publican
de la enseña castellana?
Es que Jaen, la muy noble,
la del suelo andaluz guarda,
la ciudad que tiene escritas
en cada piedra una hazaña:
La que al peso de su gloria
se recuesta fatigada
sobre sus propios laureles
de su castillo en la falda,
Rica de fé, como un tiempo
pródiga de sangre hidalga,
rinde á Dios de sus creencias
la ofrenda sencilla y franca.
Por eso los moradores
de la vega y la montaña
en sayales domingueros
llenan la iglesia y la plaza.
Por eso cuando el prelado
muestra al pueblo la faz santa

del Dios que ofreció su vida
por la redencion humana.
Toda la ciudad es templo.
todos ante Dios se igualan.
todos doblan la rodilla.
todos sienten, todos callan.
Descubren los labradores
frentes por el sol tostadas.
y en los brazos de sus madres
los niños sus brazos alzan.
Y llora de fé la abuela
que en las rústicas veladas
aprender hizo á sus nietos
las oraciones cristianas.
Y á su Dios presenta humilde
del hogar el patriarca,
su báculo que es su cetro
y su corona de canas.

III.

Santa Imágen. Santa Imágen,
orgullo de estas comarcas,
reliquia que solo un Santo
pudo traer á mi patria.
Tú eres la fé de este pueblo

á tí sus himnos levanta,
tú le dás sus alegrías
y tú le enjugas sus lágrimas.
 Cuando tocó á tus altares
la impura mano africana
en oculto santuario
te alzó el muzárabe un ara.
 Y cuando el gran Rey que á un tiempo
la Iglesia y la historia ensalzan,
vencido Alhamar, su enseña,
clavó en el árabe Alcazár,
 Por verte tornar al templo
quedáronse, Imágen Santa,
desierta la serranía,
la ancha vega despoblada.
 ¿Qué mucho que el que sus glorias
debió á la fé en cien batallas
cuando á cercar fué á Sevilla
en su Real te llevara?....
 Horas de siglos contaron
los fieles que te adoraban,
y fué la ausencia muy triste,
y fué la ausencia muy larga.....
 ¡Ay! bien haya el buen Obispo
que aquí te tornó, bien haya,
que con tu vuelta cobraron
su tesoro estas murallas,
 Su lozanía esta vega,
su hermosura esta montaña,
su trasparencia este cielo

y estas flores su fragancia.
Por que tu eres Santa Imágen
la devocion de mi patria
tú le dás sus alegrias,
y tú le enjugas sus lágrimas.

JUAN A. DE VIEDMA.

La Relijion del Honor.

—

ROMANCE XXX.

I.

Allá, hacia el caer la tarde
de un dia de primavera,
corriendo el año seiscientos
cuarenta y tres de la Hégira,
De el rey Aben-Alhamár
se ve la figura apuesta,
coronando de su Alhambra
la mas elevada almena.
Inquieto parece el moro;
parece que el moro espera,
y al parecer con el dia
se va tambien su paciencia.
Razones para inquietarse
debe tener de gran cuenta,
que no es Alhamár un hombre
que fácilmente se inquieta.
Nacido con la corona:

sabiendo vivir sin ella:
jóven: clemente en el triunfo
y esforzado en la pelea,
  Con solo narrar sus hechos
se cantan sus nobles prendas:
que no son las grandes cosas
para las almas pequeñas.
  Razon pues, para inquietarse
debe tener de gran fuerza,
sino es Rey el de Granada
que fácilmente se inquieta.
  «¡Por Alá!.... ¿Donde te has ido,
mi paloma mensajera.....»
dice al tender la mirada
que vá á perderse en la vega.
  «Si es que en tu cuello nevado
señal de victoria, ondea
rizada la blanca cinta,
¿porqué te detienes?.... ¡Negra!»
  Grita al mirar su paloma
posarse sobre la almena.
y ¡negra! el eco repite
allá en la *nevada sierra.*
  Y en negro crespon la noche
dejó la ciudad envuelta:
no hay una luz en sus calles:
no hay en su cielo una estrella.
  El viento helado ni un eco
de su recinto se lleva.....
y aun está el Rey en la torre,

como una estátua de piedra.
¿Está Granada dormida,
ó está Granada desierta?
Granada conspira; el Rey
sigue en la torre de vela.
«No hay mas vencedor que Dios»
murmura: ¡Alabado sea!
Jaen sucumbe en la lucha,
¡Jaen..... mi mejor defensa!
El Rey Fernando en persona
ha dias que el cerco estrecha,
y si ha decidido entrarla,
ó se le rinde..... ó la entra.
Perdido el último esfuerzo
no hay ya como socorrerla,
y ¡ay! de mi Granada entonces!....
Estaba escrito. Que sea.»
Y á poco rato un ginete
sobre un alazán de guerra,
cruzár se ve entre la sombra
del arco de Bib-Elveira.
Velóz como el pensamiento
de la muralla se aleja;
pronto su blanco alquicel
se pierde en la oscura niebla.....
Y en tanto duerme al abrigo
del muro que la rodea
la ciudad de las mil torres:
cerradas sus veinte puertas.

II.

Al pié de una roca oscura
sobre la cual levantaba
su inespugnable castillo
la antigua Aurigi romana:
Entre el vapor y el perfume
que de su seno se exhala
y por la luz de la luna
confusamente alumbrada,
Jaen en brazos del moro,
llena de flores y galas,
parece que se reclina
como indolente sultana:
Cercado está su recinto
de espesa y dura muralla,
que agudas picas coronan
como una cinta de plata.
Del castillo á la ciudad
suena confusa algazara,
y abiertos están sus fosos,
y están sus puertas cerradas;
Y Abu-Oman-Alí-ben-Muza
constantemente cabalga,
ya de la plaza al castillo;
ya del castillo á la plaza.
¿Qué es lo que el moro proyecta.....
ó que es lo que al moro alarma?

Es que no llega el refuerzo
que Aben-Alhamár le manda:
  Es que el Rey Fernando al frente
de las huestes castellanas:
ayer le tala los campos,
hoy los castillos le arrasa;
  Y en vano espera un convoy
de mil y quinientas cargas,
que con quinientos lanceros
debió llegar de Granada.
  Y está la ciudad hambrienta;
y está la ciudad cansada;
y *entrega* murmura el uno,
y el otro dice: *¡esperanza!*
  Que está allí el pueblo cristiano
á quien el hambre no ataca;
pues la faz del Redentor
como un amuleto guarda.
  Y en balde el Walí sereno
por dar aliento cabalga,
desde la plaza al castillo;
desde el castillo á la plaza.

—

  Entre el verdor de las huertas
que el aire puro embalsaman
y circundan la ciudad

como una fresca guirnalda.
  El campamento cristiano
sus ricas tiendas levanta
de entre las cuales descuella
la del guerrero monarca.
  Se distingue claramente
porque en su centro se alza
junto al pendon de Castilla,
la Santa Cruz de las Navas.
  Cércanla los estandartes
de Santiago y Calatrava:
Concejos de Baeza y Ubeda:
pendones de las mesnadas
del príncipe Don Alfonso;
de Garci-Perez de Vargas,
y de otros mil caballeros
que vienen en la cruzada.
  Armado de punta en blanco
y con escolta cristiana,
de el rey Fernando en la tienda
vistas un moro demanda.
  Y tiene encubierto el rostro
que el blanco alquicél recata,
en tanto que con el Rey
se cruzan estas palabras:
  «—¿Á qué viniste? —Enviado—
¿De quien? —De el Rey de Granada—
¿Vienes con *seguro?* —Sí:
la hidalguia castellana.—
  Conoces bien á Castilla;

sabrás que es antigua usanza
que asáz descubierto el rostro
nos digan las embajadas.
—Conozco bien la costumbre;
dispon que tus gentes salgan.....
y antes de salir, si quieres,
que me desciñan las armas.
—¡Despejad.» El castellano
gritó en seguida á la guardia,
y al punto el altivo moro
tira el embozo á la espalda.
—»¡Alhamar! —Que descubiertos
asáz el rostro y el alma,
segun la contumbre antigua
viene á decir su embajada.—
Habla pues. —No pasa dia
desde que pisa tu planta
mis reinos, sin que la sangre
manche el suelo de mi patria.
No quiero saber siquiera
si es almohade ó cristiana;
porque me duele una lucha
mas que decisiva, bárbara.
Tiende la vista un momento
por esta fértil comarca,
y verás yermos sus campos;
sus ciudades saqueadas;
y sus villas y castillos
como antorchas funerarias,
alumbrando la agonía

de un pueblo que hambriento vaga.
Lucha que no se decide
sobre el campo de batalla,
proseguirla fuera un crímen.....
y á eso he venido: á cortarla.—
Me place de tu venida;
me place de tus palabras;
y me place el enviado,
y me place la embajada.—
Si es que en su afan de conquista
jamás tu hueste descansa,
con ella los campeones
que enorgullecen mi guardia,
El camino de Sevilla
pueden abrir con sus lanzas;
que allá irán mis almohades
donde tus cristianos vayan.
Yo te daré mis tesoros:
y te daré mis alhajas;
y te haré pleito-homenaje,
y me postraré á tus plantas.
Antes que ver en la lucha
despedazarse mi patria:
primero que ver en ruinas
mi *rúbia ciudad*, Granada.
La traicion por todas partes
cobarde y sorda me amaga;
que es Hiena á quien alimenta
la sangre que se derrama.
Ya es tiempo de que esto cese.

Mi Rey hacer paz me manda
con órden de no volver
á entrar sin ella en la Alhambra,
Y espera que te resuelvas
quien, segun la antigua usanza,
franco y asáz descubierto
vino á decir su embajada.»—
Casi con llanto en los ojos
y con placer en el alma,
tendiéndo al moro los brazos
el castellano Monarca,
Su *fiel amigo* se jura:
querido amigo le llama,
y —«Guárdate» dice luego,
«tus joyas y tus alhajas.
Guarda tambien tus tesoros;
que no hay por ellos batalla,
pues sangre de mis valientes
ni la vendo..... ni se paga.
Tu amigo y no tu Señor
seré mientras que te plazca,
y solo para ayudarse
se juntarán nuestras armas.
Yo respetaré tus pueblos;
respetaré sus comarcas;
y hasta esa noble ciudad.
que es *defendimiento* y *guarda*
De mis Reinos de Castilla
á tu lealtad la dejara,
si mi fé de caballero

no me obligase á ocuparla.
Abra sus puertas Jaen.....
y tú aprecia en lo que valga
lo que hace el Rey de Castilla
respondiéndo á tu embajada.—
Jaen será tuyo apenas
comience á rayar el alba:
ciento cincuenta mil marcos
por año: quinientas lanzas;
y mi consejo en tus córtes
si alguna vez lo demandas,
todo en prenda de amistad
que Aben-Alhamar te guarda.
Y por la fé de el Profeta;
y por la cruz de tu espada,
juro..... —El juramento escusa:
me sobra con tu palabra,
que al honor en estos reinos
ningun juramento iguala.
Si natural diferencia
distingue á España de Africa
y á tu alquicél de mi manto,
y á tu fé de la cristiana,
la relijion del honor
no tiene emblema ni patria.»—
Esto que oyera Alhamár,
de nuevo á Fernando abraza;
y al partirse de la tienda
llenos los ojos de lágrimas,
Con voz anhelante dice

volviendo al Rey la mirada:
¡la relijion del honor
no tiene emblema ni patria!

III.

Del sol los primeros rayos
iluminaban las cumbres
tiñendo de grana y oro
ligeras y blancas nubes,
Cuando el pendon de Castilla
cercado de Santas Cruces,
en medio se ve ondeár
de guerrera muchedumbre.
Inmenso reptil de acero
parece, que lento sube
por la florida pendiente
que á la ciudad le conduce.
Abiertas están las puertas
que el pueblo, gozoso obstruye,
salvas haciendo sus ojos
que brotan lágrimas dulces.
Y todo acude á Jaen
como el que á fiestas acude,
y á honrarlas como á porfia
parece que contribuyen

Con flores la primavera,
y el cielo bordados tules,
y el sol límpidos reflejos,
y el aura frescos perfúmes.
Ya á la mezquita mayor
sin que el silencio se turbe,
con santo recojimiento
el pueblo cristiano afluye.
Y allí: de rodillas todos;
llenos de fé y mansedumbre;
cuando el Obispo de Córdoba
la Santa Misa concluye,
Y en cánticos relijiosos
mil y mil voces se unen,
que entre espirales de incienso
van á perderse en las nubes,
El alma escribe en los ojos
que brotan lágrimas dulces:
¡Gloria al Dios de las alturas.....
Redentor de servidumbres!

IV.

Seis años han trascurrido,
que presto los años pasan;
y en todas partes resuena
fúnebre son de campanas.

Como un quejido que flota;
como un lamento que vaga,
parece decir: Fernando
cambió por el cielo á España!

—

Cien ginetes á Sevilla
caminan desde Granada,
y blancos tules por luto
llevan velando sus armas.
Y el que á su frente camina
de cuando en cuando levanta
los ojos al cielo; rueda
por su mejilla tostada,
una lágrima, y murmura
con voz que el pesar apaga:
«¡La Relijion del Honor
no tiene emblema ni patria!»

Tomás Sanchez Vera.

FIN.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE.

